

Humanidades
y Ciencias
de la Educación

Por una cultura
de paz



31

cuadernos unimetanos

Órgano de divulgación académica / Año VII / No. 31 / Octubre de 2012
Afiliado a Latindex y Gale Group

Vicerrectorado Académico
Decanato de Investigación y Desarrollo





CONTENIDO

Prólogo	1
Tiempo histórico, gramática y filosofía	
Ofelia Avella	3
Las raíces del miedo	
Johnny Gavlovski E.	10
Identidad y globalización	
Napoleón Franceschi	16
Cuatro narrativas cortas en sucesión atemporal	
César Tinoco	23
Sonidos en la noche...	
Rafael García-Casanova†	28
Henrique Meier Echeverría	32
Juan Guillermo Quintero Sutil	40
Héctor Vera	44
La bicicleta	
José Fidel Prieto Zayas	51
Diálogos dedicados a "A Cesare Pavese y sus Diálogos con Leucó"	
Jorge Ramón López Falcón	59

PRÓLOGO

*"La literatura es siempre
una expedición a la verdad"*
Franz Kafka

En esta segunda edición dedicada a profesores-escri-
tores, Cuadernos Unimetanos presenta una gama
prolífica de ensayos, poesía, prosa poética, cuentos
breves y diálogos.

Ofelia Avella, Rafael García-Casanova†, Johnny
Gavlovski E., Napoleón Franceschi, Jorge Ramón Ló-
pez Falcón, Henrique Meier Echeverría, José Fidel Prie-
to Zayas -invitado especial-, Juan Guillermo Quintero
Sutil, César Tinoco y Héctor Vera nos acompañan en
esta oportunidad. Son diez miradas únicas, diez ex-
pediciones a verdades, reflexiones, interrogantes, sen-
timientos, ansiedades, angustias, alegrías, nostalgias,
esperanzas, recuerdos, creencias, dudas...

En el número 27 de Cuadernos Unimetanos/julio
2011, la profesora Ofelia Avella nos deleitó con su
narrativa incisiva, detallista, de un verbo certero y fresco
a la vez. Ahora, desde una mirada filosófica, discurre
sobre las relaciones entre el conocimiento, el lenguaje
y el tiempo histórico; relación que debemos tomar en
cuenta si queremos, como dice la autora, "...contra-
rrestar el deterioro del lenguaje, la ignorancia del

pasado y el desinterés por conocer y saber aún más...". El segundo ensayo que presentamos es de Johhy Gavlovski. A partir de la obra *Autorretrato con la Muerte* que toca la viola de Arnold Bocklin, el profesor se interroga: "¿cómo puede decirse bello la representación de algo que evoca la propia muerte?"; de allí, reflexiona sobre los orígenes del miedo y la manera en que éste ha sido representado por diferentes autores a lo largo de la historia. Por su parte, el profesor Napoleón Franceschi, quien cuestiona la supuesta dicotomía Globalización vs. Identidad Nacional. Para Franceschi la Identidad venezolana no se remite a la arepa y la alpargata, lo que demostraría una visión muy estrecha. Por el contrario, al hablar de Identidad debemos considerar su dinamismo y capacidad de adaptación; pues, "...ella refleja las transformaciones ocurridas en la economía, la sociedad, el Estado y la cultura en cada época histórica". Para culminar, el lector encontrará un grupo de breves ensayos literarios del profesor Cesar Tinoco. En éstos, el autor reflexiona, a partir de distintas obras literarias, sobre el amor, el deseo, la nostalgia, la esperanza, la política (o mejor dicho el fundamentalismo) y el proceso escritural, entre otros. Su prosa incisiva y limpia (quiero decir, sin aspavientos) y su peculiar economía del lenguaje, no tienen pérdida: provocan una sonrisa (casi una mueca) en el lector.

Por otra parte, la muestra poética (lírica y prosa poética) nos llega de la mano de los profesores Rafael García-Casanova[†], Henrique Meier Echeverría, Juan Guillermo Quintero Sutil y Héctor Vera. A través

de estas obras, el lector podrá pasearse por las más profundas y sentidas emociones. Cada autor, protagonista de su particular expedición, describe la ironía de vivir y morir; la nostalgia de perder un gran amor, la desesperanza, la inspiración (o la falta de ésta); también, los recuerdos, la inocencia de la niñez y la dureza de la vida; la rutina, la vida en nuestra amada y odiada ciudad de Caracas, la diáspora... En fin, cada profesor-poeta "desnuda" la vida y sus mil y un recovecos.

La narrativa, en esta oportunidad, está a cargo de José Fidel Prieto Zayas. La prosa de Prieto Zayas nos transporta a un pequeño pueblo para contarnos las peripecias de un niño que quiere hacer realidad el sueño de su vida: tener una bicicleta. Sin duda, el relato es una hermosa excusa para reflexionar sobre el valor de la lucha, la constancia y la determinación.

Por último, pero no por ello menos importante, el profesor Jorge Ramón López Falcón nos traslada, a través de su diálogo "Hermes y Afrodita", a la Grecia Olímpica. La recreación mítica, a manera de guión teatral, nos muestra la naturaleza caprichosa de los dioses, sus más recónditas pasiones y deseos; aquello que motiva cólera y venganza divina, pero también su fragilidad... Para al final recordarnos que "todos somos lo que somos".

Esta segunda entrega de Cuadernos Unimetanos es lo que es: una pequeña pero valiosa muestra de la obra literaria de apreciados colegas que confiaron en nosotros. Gracias.

María Eugenia Perfetti

Tiempo histórico, gramática y filosofía

OFELIA AVELLA

Nace en Caracas en 1967. Es licenciada en Letras (UCV) y Magister en Filosofía (USB); también cuenta con un diplomado en Teología (UMA).

Se ha dedicado a la docencia desde hace más de 20 años en las áreas de filosofía y arte a nivel escolar en los siguientes colegios: Los Campitos, el Instituto de Capacitación Profesional Los Samanes y el Mater Salvatoris.

Desde hace siete años, es profesora agregada en nuestra Casa de Estudios, adscrita al Dpto. Didáctica/Humanidades desde donde imparte las siguientes materias: "Conceptos y Problemas de Filosofía", "Filosofía Moderna", "Lenguaje y Universalidad" y "Lengua Española", entre otras.

Toda reflexión acerca del tiempo resulta siempre muy interesante, pues advertimos que su "paso" es algo que nos afecta a todos. Ahora bien, plantearse qué relación guarda el tiempo histórico con la gramática y la filosofía puede parecer, a primera vista, una pretensión un tanto arbitraria.

Si atendemos, sin embargo, a lo que es el tiempo y su relación con la historia, tanto como con el lenguaje (ya explicaremos por qué digo "gramática") y la filosofía, la aparente arbitrariedad empieza a dejar de percibirse como tal.

A la Historia le corresponde el estudio del pasado de la humanidad. Podríamos decir que le interesan los sucesos que han acontecido y seguirán aconteciendo, de hecho, a lo largo del "tiempo". Este "tiempo", como vemos, dice relación al movimiento, al paso de los años, como período que implica cambios circunscritos a ciertos límites o términos, lo cual sugiere ya la conexión de la historia con la filosofía.

Aristóteles define el tiempo como "la medida del movimiento según el antes y el después"¹, y aunque no lo identifica con el movimiento, sí advierte una relación con él, pues se mide lo que cambia y lo que se mueve cambia de algo a algo. Sabemos bien que estos períodos de tiempo llamados "históricos" son medidos mentalmente por los hombres, pues el *antes* y el *después* de ciertos momentos claves constituyen puntos de referencia que han sido determinados por

¹ Física, IV, 11, 219b 1.

nosotros. Ahora bien, tales momentos, fijados como claves ciertamente por los hombres, debido a la calidad, magnitud y trascendencia del suceso en cuestión, no se detienen en su realidad fenoménica por razón de nuestra medición.

El tiempo parece ser, así, “algo más” que una pura relación ideal, que una simple medida mental. El *antes* y el *después* parece relacionarse con el movimiento efectivo, real, de las cosas en el mundo. No constituyen sólo puntos de referencia que “ponemos” nosotros en relación a un suceso que nos interesa “fijar”, ya que se mide lo que cambia, como hemos dicho.

Este movimiento se relaciona, claro está, con el lugar y con el trayecto recorrido por aquello que cambia, pues si bien es cierto que no todo cambio lo es de “lugar” (en el sentido de traslación de “un” lugar a “otro”), no es menos cierto que todo cambio dice relación a un *antes* y un *después* como puntos que lo limitan y circunscriben *al lugar* donde aconteció. Si lo que cambia es “algo”, todo “algo” sujeto a la materia dice relación a un lugar. Este, como límite inmóvil, es distinto de aquello que cambió.

Lo dicho permite entrever las relaciones implícitas, subyacentes, entre la historia y la filosofía, pues el “tiempo” como realidad, afecta a las cosas concretas, las cuales, vistas en el orden puramente material de las causas y efectos, me atrevería a traducir como “sucesos”, “acontecimientos” en los que el tiempo *transcurre*.

El *en* sugiere que son precisamente las cosas las que cambian y *en* las que el tiempo transcurre. Así, pues, “la existencia del tiempo no es posible sin la del cambio; de hecho, cuando no cambia nada en nuestro ánimo o no advertimos que algo cambie, nos parece que el tiempo no transcurre”².

Ahora bien, estas cosas que cambian y que en relación con otras traducimos como “sucesos” son las mismas acerca de las cuales hablamos o “decimos” algo. Es aquí donde intentaremos sugerir la relación del lenguaje con la historia y la filosofía, de modo que podamos discurrir con mayor soltura por los caminos de una visión más amplia de la realidad.

Decir algo acerca del lenguaje es siempre “cosa” difícil, pues experimentamos la necesidad de hablar, de transmitir ciertas afecciones del alma, al tiempo que advertimos lo arduo que puede resultar lograr-

lo con claridad. Expresar *por qué* sucede esto se hace aún más cuesta arriba, aspecto que intentaremos abordar.

Con el lenguaje sucede lo que al conocimiento con la realidad: hay una serie de niveles que debemos horadar para lograr *decir* y *conocer* las cosas en profundidad. Ahora bien, lo que se dice parece que debe antes conocerse, pues si no, ¿qué diría y sobre qué hablaría? El “decir” parece seguir al conocer. Por ello todo “decir” es correlativo a la atención sosegada y penetrante de la realidad. Es precisamente aquí, en el punto del común origen de lo conocido, donde se entronca el íntimo enlace entre el lenguaje y la filosofía, ya que las acciones de hablar y de pensar no son posibles sin el conocimiento de “lo que es”. Ahora bien, eso mismo que “es” constituye aquello que cambia en la historia, aquello que enmarco según un *antes* y un *después*.

Aquello conocido, en definitiva, sobre lo cual habré de decir “algo”, parece ser lo que cambia.

II

Esos niveles que descubrimos *en* la realidad, van como desvelándose progresivamente a lo largo de la vida si la mirada va adiestrándose a percibir algo más que “cosas”. Para percibir, sin embargo, “lo enigmático” o “trascendente” *en* las cosas, como diría Zubiri, hay que observar atentamente todo aquello que me rodea. El “adiestramiento” de esta mirada precisa de un “entrenamiento” de la atención para lograr “fijarla” realmente en el objeto. Advertimos que cuando un niño pequeño empieza a descubrir el mundo, cosas muy concretas captan su entera atención. Un gusano que avanza lentamente sobre una hoja puede hechizar al niño por mucho tiempo; un colibrí que vuela sobre una flor, también. Ver a la gelatina “temblar”, a las nubes moverse, tanto como a un perrito saltar, son cosas todas que asombran la mirada infantil. Los niños pueden distraerse por mucho tiempo con un solo objeto entre manos, así como con una simple actividad. La cantidad de estímulos, sin embargo, a que estamos todos sometidos hoy en día *vierten* estas miradas originarias hacia múltiples direcciones, debilitando así la concentración inicial. No es gratuito que en nuestras ciudades pululen las posibilidades de *di-versión*, esto es, de “ayudarnos” a verter nuestra atención hacia puntos diversos.

2 *Ibid.*, 218b, 21.

Observar una cosa y descubrir todos sus detalles es algo que lleva tiempo y los niños, como buenos pedagogos, parecen saberlo bien. Sucede que con esta fijación de la mirada, la inteligencia va habituándose a contemplar con sosiego, ya que la atención hacia el objeto tiende a lograr dominarla. Es precisamente este detenimiento ante las cosas lo que permite conocerlas; el atolondramiento genera confusión e impide “registrar” realmente aquello “visto”, pues una cosa es “ver” y otra “contemplar”, lo cual implica mirar con atención.

Quien “ve” a “vuelo de pájaro” sólo capta a un nivel cuyo “registro”, por cierto, se difuminará rápidamente entre muchas otras imágenes. Quien “conoce” se detiene con atención, pues se detuvo también a mirar; lo conocido, correlativamente, ha tenido el chance de “quedarse” en la inteligencia que lo conoció. A esta captación de la cosa sigue, como exigencia de la comprensión, el “decir” algo acerca de esa cosa.

El *logos* griego tenía unas implicaciones interesantes, pues no sólo era “razón”, sino “palabra”. De algún modo era también “sentido”, ya que la comprensión de lo conocido está implicada en el “decir”.

Vemos así como los niveles de la realidad a los que aludí van poniéndose de relieve poco a poco, pues si bien es cierto que las descripciones acerca de lo visto pueden ser todas muy gráficas, no es menos cierto que algunas son más agudas y penetrantes, por sustanciales quizás.

El exceso de adjetivación corresponde a un nivel de observación. Los adjetivos van requiriéndose más adecuadamente cuando parece haberse identificado aquello que cautivó la atención, es decir, cuando se ha trascendido el registro de “cómo es la cosa” para captar propiamente lo que “es”. En este punto se asciende ya a otro nivel de captación. Digo ascender porque la “altura” permite ver lo ilimitado que resulta el horizonte. Cuando se ahonda, sin embargo, también se penetra en las profundidades que permiten vislumbrar la amplitud. Ahondar y ascender apuntan aquí a una misma realidad, pues los extremos se tocan cuando se intenta hablar sobre el núcleo de la realidad.

De aquí que a la necesidad de expresión le sea correlativa la experiencia de las limitaciones del lenguaje, tanto como el descubrimiento de su flexibilidad. Sus posibilidades se revelan a quien le *urge* decir algo, no obstante sea el símbolo, o incluso el si-

lencio, lo que termine por describir mejor aquello que se captó y se intentó “decir”. Al rebasar la denotación, el lenguaje connotativo sugiere “los enigmas de la existencia”, pues al indicar que el lenguaje “preciso” es limitado, pone de relieve que *la trascendencia* se oculta en la estructura misma de la realidad.

Esa urgencia por “decir” lo que se experimenta incomunicable revela, en fin, que conocemos *algo excedente* en la estructura de lo real; algo que “por inmensamente abierto y trascendente” exige la apertura y flexibilidad del lenguaje polisémico.

Gadamer lo describe bien cuando observa lo siguiente:

Son, sobre todo, los poetas quienes hacen uso de la flexibilidad de la capacidad lingüística más allá de las reglas, más allá de la convención y, no obstante, dentro aún de las posibilidades que el mismo lenguaje ofrece, saben expresar lo no dicho. Si pensamos en los casos particulares del niño y del genio, entonces nos damos cuenta de hasta qué punto nosotros, como sociedad humana, hemos de ser tomados en consideración para modelarnos en ella. En el aprendizaje del lenguaje se articula una experiencia con la que nos familiarizamos bien y que representa un verdadero tesoro. Se trata de una orientación en el mundo transformable con bastante facilidad. Durante mi infancia aún me enseñaron a decir “pez ballena”. Hoy todos decimos “ballena”. Se ha grabado en la conciencia de todos nosotros que las ballenas son mamíferos y no peces. Así que la misma lengua tiene en cuenta, otra vez, la experiencia. Pero, en conjunto, se trata de una peculiar doble direccionalidad de nuestra capacidad creativa. Por un lado, somos capaces de generalizar y de simbolizar, como es manifiesto, especialmente, en el milagro del lenguaje articulado; y, sin embargo, por otro lado, esta capacidad de figuración lingüística está, por así decir, encerrada en límites que ella misma establece. Se transforma, por decirlo así, en crisálida sin volver a mover las alas como las mariposas³.

Conocimiento y palabra se revelan, en definitiva, como intrínsecamente relacionados; y aquello que se conoce “es” ciertamente, y “acontece” *en* el tiempo. Vemos así cómo “palabra” y “acontecimiento” desvelan, de igual modo, su íntima relación, pues todo

3 Hans-Georg Gadamer, *Arte y verdad de la palabra*, Editorial Paidós, Barcelona, 1998. pp. 138-139.

suceso está transido de sentido, de lógica interna, que por cognoscible es, correlativamente, “decible”. La tensión que se experimenta, además, por lograr decir lo “no dicho”, obedece a que lo acontecido transcurre, precisamente, *en el tiempo*. La palabra intenta “alcanzar” lo que transcurre. De aquí “la urgencia” que aguijonea a quien precisa “decir” algo acerca del suceso.

Podríamos deducir, además, que la dinámica del conocer implica la del “decir”, pues lo conocido se comprende mejor haciéndolo legible o entendible a otros, precisamente porque se le ha de “ajustar” al vehículo del pensamiento, el cual es el habla. Encontrar el modo idóneo de “decir” algo supone encontrar la palabra “justa”, “precisa”, aunque se experimente también la insuficiencia del lenguaje al tocar los temas relativos a los niveles más profundos de la realidad.

Al “ajustar” el pensamiento a la palabra “detenemos” un poco el tiempo y esto, a quien experimenta la necesidad de “decir” algo acerca de lo real, confiere una paz que ciertamente dura poco, pues el transcurrir del tiempo y la sucesiva re-comprensión de lo conocido suscita a seguir buscando nuevos modos de expresión.

Por eso el lenguaje, en su flexibilidad, participa de la movilidad del tiempo, pero también, de la permanencia que intenta fijar en palabras. Lo que permanece está contenido de algún modo en lo que cambia, y la palabra, signo del pensamiento que captó lo que los ojos *no vieron*, detiene el tiempo en un presente que participa de la eternidad, de esa “posesión total y simultánea de una vida interminable”, según la clásica definición de Boecio. A la experiencia de que el tiempo “no transcurre” cuando se capta lo estable y se le ha fijado en palabras, le es correlativa una intensa percepción de la actualidad; de aquí el sosiego que se experimenta cuando la palabra ha logrado “alcanzar” y “articular” un aspecto del ser.

La tensión por decir lo *no-dicho*, como refiere Gadamer, responde a la condición de nuestra naturaleza, a esa realidad de que vivimos entre el tiempo y la eternidad. De aquí que resulte difícil, imposible, ciertamente, articular en palabras lo que está en *transcurso*.

III

Intentaremos decir algo acerca de las relaciones entre el conocimiento y el lenguaje (gramática), para

hilar luego con las relativas a la palabra con el acontecimiento (historia).

Ahora bien, conocemos ciertamente las cosas y podríamos decir que éstas “son”. Conocemos, así, lo que “es” de algún modo, sin entrar aquí en la discusión de lo distinto que es un unicornio azul en mi mente a un caballo real que veo correr. Ambas cosas “son” de modo diverso, pero nos interesa ahora centrar nuestra atención en la realidad de su “ser”, más que en los diversos modos en que las cosas pueden, de hecho, “ser”.

Cuando conocemos advertimos una cierta paradoja en el modo en que captamos las cosas, pues percibimos que éstas cambian, pero también que “algo” en ellas permanece. Cuando describimos “cómo” son estas cosas que captamos nos ubicamos en ese nivel de registro un tanto superficial que nos mantiene advirtiendo lo cambiante en las cosas. Por este camino nos centramos más en el “funcionar” de las cosas y en el “qué hacer” con ellas, en lugar de procurar atender a “qué” son y a dejarnos asombrar por el hecho de que “sean”. Esto último no implica que después no haga “algo”, evidentemente, con las cosas.

Lo que intento señalar es que las cualidades o características de las cosas observadas se desvelan con toda su brillantez cuando la mirada se ha asombrado ante la realidad de su ser. Esta captación del ser de las cosas se hace en un presente cuya instantaneidad trata de retenerse, es decir, de “atajarse” con una mirada atenta. Este intento de “retener” lo que las cosas son, sin embargo, se hace *en* un tiempo que transcurre, según hemos dicho, inexorablemente y amenaza con alterar esas cualidades de las cosas que la mirada registró con atención.

Los pensamientos intentan objetivar lo conocido, pero corresponde mucho más al lenguaje fijarlo a través de unas palabras que hacen las veces de guardianas del presente, pues el tiempo pasa y se lleva consigo todo aquello que se ha visto y corre el peligro de diluirse en la memoria. Los sentidos no retienen los detalles y aunque lo conocido permanezca por más tiempo, si hubo atención y reflexión, está siempre acosado por la posibilidad del olvido.

La palabra, en cambio, retiene, fija, y esto a pesar del transcurrir de los siglos. Por otra parte, cuando en la cotidianidad “decimos” algo, esto sucede, sin que quizás lo advirtamos, *en presente*, pues éste es cierta-

mente, el único tiempo real; es de hecho *el tiempo* en que conocimos lo que “ahora” decimos, ya que “somos” siempre *en presente*. Por eso el acto de la palabra, como diría Andrés Bello, constituye el punto de referencia de toda medición según un *antes* y un *después*, pues sólo el “decir” *en presente* puede señalar el grado de co-existencia de lo vivido o de lo por vivir con respecto al ahora desde el cual se “es” y por ello, habla.

El acto de la palabra constituye, en definitiva, el punto clave desde el cual se mide todo tiempo verbal; de aquí que acotáramos que si bien se sugieren siempre las relaciones del conocimiento con el lenguaje, deben aún más sugerirse, como efectivamente se ha hecho, con su “sustrato” lingüístico, el cual es la gramática. El habla dice relación a la realidad, ya que ontológicamente se funda en ella, pero su estructura “material”, por decirlo de algún modo, es sin lugar a dudas, la gramática. Esta regula el orden de los pensamientos, tanto como la lógica, pues el vehículo del pensar, según dijimos, es el habla y su estructura, la gramática.

Ahora bien, “en el lenguaje hay una apertura ilimitada a la formación continua. El lenguaje no es el sistema de reglas que tiene en la cabeza el maestro de escuela o que abstrae el gramático. Cualquier lenguaje está permanentemente en vías de transformación. Puede ser que se vaya desgastando la estructura gramatical de nuestro lenguaje, mientras que su vocabulario se va enriqueciendo. Sin embargo, en una gramática que se va desgastando siempre se conservará algo de la riqueza prosódica que hay en el habla”⁴.

La estructura gramatical puede alterarse porque también el habla está sujeta al cambio. Las palabras son signos convencionales que “materializan” los pensamientos, en muchos sentidos también cambiantes. La referencia última de aquello que decimos, eso que hemos intentado comprender y revestir del ropaje lingüístico es, sin embargo, el “ser” de las cosas: eso invariable que posibilita precisamente “fijar” lo mudable.

El acto del habla “es” también, por otra parte, siempre *en presente*, pues siempre “somos” según un *antes* y un *después*. Ese “ahora” en el que “somos”, y desde el cual hablamos, resulta ciertamente difícil de atajar, pero advertimos que “es”. Por eso el pasado se mide desde él, tanto como el futuro. Esta fundación ontológica a la que me referí

conecta el lenguaje con la realidad, mediando, claro está, la inteligencia, pues si bien el conocer precede al decir, el ser funda el conocer. Lo conocido “es”; y lo que “es” es siempre en presente. Cuando conozco lo hago en presente; de aquí que el acto del habla también transcurra en presente, pues tanto como lo conocido, quien conoce también “es” de modo habitual.

IV

Ahora bien, ¿por qué acudo con tanta insistencia al verbo “ser” y a su carácter de actualidad real?

Sucede que no sólo hablamos, sino que *recordamos* desde el presente, lo cual implica traer a la memoria ese “pasado de la humanidad” cuyo conocimiento o estudio llamamos Historia.

La inquietud que me mueve a desear sugerir las conexiones entre la filosofía, el lenguaje y la historia no es otra que el paso del tiempo y sus límites con la permanencia, entendida ésta como apertura a la trascendencia.

Ontológicamente hablando, el pasado *ya fue* y por eso *no* es en términos de ser, esto es, de actualidad. El futuro, como realidad *no existente*, tampoco tiene entidad ontológica, pues tampoco es. El presente, siempre real, se impone así como punto estable, si bien lo que decimos y vivimos *en él* pasa a ser pasado casi instantáneamente. Nosotros “somos” siempre de modo estable. Lo dicho y vivido parece, sin embargo, continuar en nosotros a modo de presente distendido.

Esta distensión la experimenta la memoria, pues lo que *fue* en un tiempo se actualiza *en presente*. La historia recordada es, así, pasado actualizado.

Ahora bien, ¿por qué estudiar el pasado? ¿Por qué traer a la memoria algo que ya ocurrió? ¿Tiene aquello algo que ver conmigo?

Si el estudio de lo que *fue* se limitara sólo a recordar, una tal actividad no parecería, de hecho, tener mucho sentido, salvo por el cultivo personal que implicaría. Lo ocurrido en un tiempo anterior tanto en el plano personal como en el relativo a los sucesos o acontecimientos, permanece en nosotros, sin embargo, mucho más que a modo de recuerdo. El pasado no se actualiza exclusivamente en la memoria; se haya también “distendido” en la actualidad de las cosas. De aquí que permanezca, de hecho, *afectándonos*.

4 *Ibid.*, pág. 143.

Es cierto que el pasado *fue* y no es, pero efectivamente *fue*. De aquí que nos haya afectado y siga *siendo* a modo de incidencia en nuestra vida. Así como lo conocido permanece en nosotros, los efectos de nuestro obrar también. Conocer y amar, pensar y decidir son operaciones inmanentes; de aquí que nos transformen, permaneciendo así en nosotros sus efectos.

Por ello el pasado, esto es, *lo ocurrido*, permanece “distendidamente” en las formas culturales de todo pueblo o grupo humano “afectado” por el obrar de sus antepasados. La configuración de nuestras mentalidades la debemos de algún modo a la “institucionalización” de un obrar humano anterior. ¿Cómo no advertir, entonces, que el presente no se entiende sin el pasado? ¿Cómo cambiarlo, o rectificarlo, si fuese necesario, si ignoramos las razones de nuestro estado actual?

Así, cuando estudiamos el pasado, no sólo cambia nuestra visión de las cosas, por razón de la remodelación que ha sufrido nuestra inteligencia al conocer. Nosotros mismos cambiamos al quedar nuestro presente iluminado por el conocimiento de ciertas causas de nuestro obrar o de nuestra situación actual que desconocíamos. Esta iluminación que provee el conocimiento permite enraizarnos aún más en el presente comprendiéndolo mejor, pues éste es ciertamente el único tiempo real y en el que estamos siempre instalados. Esto permite también anticiparnos a un futuro posible, por fundarse en una realidad captada como “es”.

Sucede una cosa curiosa y es la siguiente: sólo quien vive en presente parece interesarse por el pasado. Quien vive abocado a un futuro que no ha llegado no sólo suele desear “ganarle” siempre al tiempo y prescindir incluso de su paso, eludiendo así la sustancialidad del presente, sino que desdeña todo tiempo pasado como letra muerta.

Que el pasado, pues, interese sólo a quien vive conscientemente *en* presente resulta interesante por una precisa razón: el pasado *fue* efectivamente y el presente es ciertamente. Así, quien vive consciente de que “es” desea conocer a fondo las razones que expliquen su “ser así”, digamos, tanto como su “poder ser”, basado en el conocimiento de su realidad. De aquí que advierta, tarde o temprano, que las causas de las cosas y de su “ser así” ha de buscarlas en un tiempo anterior, tanto en el ámbito de lo personal como en el social.

La reducción del “tiempo” a una categoría mental con la que medimos la eficacia de las horas de un día, no puede sino conducirnos a la planificación de un futuro que se advierte como “progreso indefinido” en el ámbito de lo puramente material. Los avances tecnológicos no pueden deslumbrarnos hasta el punto de cegarnos en lo relativo al sentido de la historia, del obrar humano y del valor de las relaciones interpersonales. Nuestras sociedades no han de ser sólo eficientes sino humanas. Por eso el presente, con toda la carga dramática que pueda tener si hemos de advertirlo en su realidad, así como con toda la fatiga que puede a veces acarrear enfrentarlo, constituye el único tiempo desde el cual podemos descubrir el sentido a las cosas.

Eludir el presente conduce a desdeñar el pasado, pues advertir lo que “es” está íntimamente enlazado a conocer aquello que “fue”. La independencia que irreflexivamente se genera con respecto al pasado se hace usualmente desde un presente “no vivido” *en presente*, sino abocado a un futuro sin basamento en lo real. Este tiempo *no llegado aún* se percibe a veces como un escape, como una salida, como un deseo de eludir una realidad que se desearía distinta y se percibe sin sentido, en definitiva.

El presente está transido de sentido porque es real. Y esta lógica interna es la que hemos de procurar conocer si hemos de instalarnos en esta vida sin rehuirla con todos sus altibajos.

Esta realidad, traducida en momentos concretos y en otros de dimensión más social, los cuales llamamos “acontecimientos”, son aquellos sobre los cuales “hablamos”. El desdén del presente, tanto como del pasado va por eso ligado a la pobreza del lenguaje, pues se “dice” lo que se conoce y se sabe, y si esto falta, ¿sobre qué habremos de hablar?

Resultan interesantes unas palabras de Gadamer al respecto, “pues urge replantearse por qué no podemos dejar que el lenguaje se deteriore”⁵:

(...)Por otro lado, en lo que afecta al vocabulario, no deberíamos estar ciegos ante el hecho de que la instancia intermedia del mundo de los ordenadores, que llegará a dominar nuestro lenguaje escrito, pone, con seguridad, estrechos límites a la riqueza léxica del posible entendimiento mutuo, de manera que, por así

5 Ofelia Avella, *Cultura y verdad*, ensayo inédito, pág. 31

decir, venimos a parar en un código que representa un obstáculo para nuestra capacidad lingüística y que fuerza su anquilosado marco de reglas con violencia maquinal⁶.

Las limitaciones del lenguaje, tanto como su flexibilidad, en cambio, son realidades que se experimentan al procurar desentrañar el sentido de las cosas. “El deterioro del lenguaje, por el contrario, cierra el horizonte y reduce el mundo a contextos limitados, pues la carencia de palabras que remitan a una realidad bien sea exterior o interior, imposibilita no sólo el diálogo sino el conocimiento propio.(...)En un contexto así, las relaciones humanas se reducen a un intercambio de manifestaciones corporales, materiales, que hacen creer que se está efectivamente compartiendo “algo”. Se comparten “cosas”, incluso los propios cuerpos, pero no la intimidad”⁷.

La urgencia con que se requiere a veces la diversión, así como la prisa con que se vive, arrancan de nuestras vidas su más íntimo sentido sin que apenas nos demos cuenta. El lenguaje se resiente, pues la atención sosegada de las cosas se ha ido acelerando, y así, a este ritmo, el desasosiego y la desorientación encuentran sus bases dispuestas para instalarse y dominarnos, si no reaccionamos.

Sin embargo, el presente, por “ser”, está cargado de bondad siempre estable y permanente; ontológicamente hablando, puede más que su contrario, que es la deficiencia y la carencia. Por eso hace las veces del límite del mal, por decirlo así, pues a la ignorancia se le vence con el estudio y a la pobreza del lenguaje con el incentivo a la lectura y al conocimiento.

No es tarea fácil la de vencer la carencia con el saber, pero a la deficiencia lingüística le queda todavía la capacidad de hablar y la ignorancia, por decirlo de algún modo, reposa en una inteligencia que “no sabe”, pero puede saber.

Aquello que intentamos “salvar” del paso del tiempo es lo que posteriormente fijamos en palabras “idóneas”. Estas traslucen lo conocido como valioso, lo cual constituye, pienso yo, ese fondo de bondad que se oculta en la realidad. Por ello parece siempre posible transmitirlo y exhortar a contrarrestar el deterioro del lenguaje, la ignorancia del pasado y el

desinterés por conocer y saber aún más, pues sólo así cobrará auténtico sentido toda vida, toda palabra y todo suceso.

BIBLIOGRAFÍA

Agustín, san, *Las confesiones*, BAC, Madrid, 1979.

Aristóteles, *Metaphysics*, The University of Chicago, *The great books*, Tomo 8, *The works of Aristotle*, volume I, *Encyclopaedia Britannica*, 1952.

_____, *Physics*, The University of Chicago, *The great books*, Tomo 8, *The works of Aristotle*, volume I, *Encyclopaedia Britannica*, 1952.

_____, *On the soul*, The University of Chicago, *The great books*, Tomo 8, *The works of Aristotle*, volume I, *Encyclopaedia Britannica*, 1952.

Avella, Ofelia, *Cultura y verdad*, ensayo inédito.

Bazó, Abelardo, *Ser temporal y Dios eterno en el pensamiento de Tomás de Aquino. Una aproximación filosófica*, Luis Felipe Capriles editor, Caracas 2008.

Bello, Andrés, *Gramática de la lengua castellana*, Colección Edad universitaria, Madrid 1982.

Gadamer, Hans-Georg, *Arte y verdad de la palabra*, Editorial Paidós, Barcelona 1998.

6 Op. cit., pág 143.

7 En Ofelia Avella, *Ibid*

Las raíces del miedo

JOHNNY GAVLOVSKI E.

Psicólogo y dramaturgo. Psicólogo Clínico y Psicoanalista de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP – NEL Caracas – Asociación Caraqueña de Psicoanálisis). Escritor y director de la colección Mundo Psicoanalítico.

Se desempeña como profesor de materias de carrera (Escuela de Psicología) y de materias electivas (Dpto. Didáctica/ Humanidades) en nuestra Casa de Estudios. También, es docente del Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis –CID-, Caracas. Profesor invitado en universidades de Latino América, Europa y Asia.

Como guionista ha sido galardonado con el Premio del Público Festival de Cine San Remo 1995, Instituto de cine Sundance 1995 y Premio Municipal de Cine en la categoría de “mejor guionista”. Sus obras se han presentado en estados Unidos, Inglaterra, Israel y Australia.

En esta oportunidad, nos invita a reflexionar sobre las más recónditas raíces del miedo...

Hay un cuadro en la Galería Nacional de Berlín. Se trata de *Autorretrato con la Muerte que toca la viola de Arnold Bocklin*. Allí el artista se pinta, sublima su relación con lo inefable en un hecho artístico de extrema belleza. Sin embargo, ¿cómo puede decirse bello la representación de algo que evoca la propia muerte? De solo pensar en el momento en que Bocklin lo pintó, e imaginar su *fatum* presente, podría inducir miedo. Kant diría incluso “que la fealdad que provoca repulsión no puede ser representada sin destruir cualquier clase de placer estético”¹. Con la entrada del periodo romántico en la historia, la afirmación del filósofo alemán enmudece, pues los límites quedaron superados.

Quién mejor lo define es uno de los grandes escritores de la literatura fantástica y de terror Guy de Maupassant, cuando escribe²:

No tengo miedo de un peligro. Si entrase un hombre, lo mataría sin que me temblara ni un músculo. No tengo miedo de los fantasmas; no creo en lo sobrenatural. No tengo miedo de los muertos; creo en la aniquilación definitiva de todo ser que desaparece. ¿Entonces?... sí, ¿entonces?... ¡Pues bien! Tengo miedo de mi mismo! Tengo miedo del miedo; miedo

1 Eco, Umberto. *Historia de la Belleza*. Barcelona, Ediciones Lumen, 2004, pág. 282

2 Op cit., pág 320

de la angustia de la mente que se extravía, miedo de esa horrible sensación de que es el terror incomprensible (...)

Maupassant, como buen artista, guía los pasos para la comprensión del miedo. Miedo a la locura, miedo a la pérdida de la razón, miedo a la pérdida del control de sí, y por último, miedo a la propia muerte. Y no será ese miedo, lo que hace que Bocklin la incluya en su autorretrato anunciando su llegada a partir de las nostálgicas notas de la viola.

Freud diría que la sublimación era llevar al más alto nivel lo más primitivo de nuestras pulsiones, y Brocklin pareciera sublimar su angustia de muerte en dicho autorretrato. Como una suerte de preparación para el inevitable destino.

Una paciente me dijo recientemente: *Tengo miedo del miedo que pueda tener*. Ella decía temerle a la propia dimensión de su miedo. Temor que converge con la última línea que leímos de Maupassant: *"miedo de esa horrible sensación de que es el terror incomprensible (...)"* Frase que, más allá de la literatura, todos los que trabajamos en clínica la hemos escuchado una y otra vez: en las crisis de los llamados, estados de pánico.

El psicoanalista francés Jacques Lacan diría que la angustia es el único afecto verdadero que emerge desde lo Real; pero no entendiendo esto como la realidad, sino lo Real como ese espacio imposible de definir con palabras, que está más allá de lo inconsciente. Es propio, particular del sujeto. Particular de cada quien. Y desde éste, la angustia, más auténtica que el miedo, puesto que viene desde nuestras mismas profundidades, a diferencia del miedo que lo sentimos desde el peligro que se anuncia desde afuera.

El miedo como emoción, podría incluso ubicarse en la amígdala cerebral *"encargada de recibir las señales del peligro potencial y comienza a desencadenar una serie de reacciones que ayudan a la auto-protección"*³ Sin embargo, este dato no resulta suficiente frente al fenómeno humano y su reacción subjetiva frente al miedo, o más allá, su posible vínculo con lo Real, ese espacio que escapa de toda definición psicológica del miedo como una emoción, pues es lo

imposible de verbalizar. Es un vacío constitutivo del sujeto mismo. Imposible de calmar como lo intenta la neuropsicología ubicando la raíz del miedo en la amígdala cerebral.

Es interesante notar como para la Real Academia Española, la palabra miedo va ligada a la angustia. Así lo define: Miedo, "perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario". Aquí vemos que no es solo la angustia juega un rol importante en esta definición, sino la subjetividad de la persona que tiene el miedo al admitir que este puede ser producto de la realidad o de su imaginación. Si este es muy intenso, deja entonces de llamarse miedo y la Real Academia le da un nuevo nombre "Terror".

Como vemos, el factor cuantitativo está de por medio. Miedo es la reacción ante un peligro. Si es intenso se denomina terror y si es más fuerte aún "Horror". Tres acepciones depara esto el diccionario: 1.- *Sentimiento intenso causado por algo terrible y espantoso*. 2.- *Aversión profunda hacia alguien o algo*. 3.- *Atrocidad, monstruosidad, enormidad*.

Es interesante como en algunos trabajos se destaca la función adaptativa del miedo, de forma que ayudaría a un sujeto a reaccionar frente a un peligro inminente; aunque las reacciones que se pueden observar desmienten un tanto esta función. Freud al distinguir entre el miedo y la angustia, hablaba del *Schreck*, a saber, del estado de terror en que un sujeto cae al verse sorprendido por un peligro. Este factor sorpresa será determinante en el comentario que hace Lacan cuando dijo:

*"...resulta claro que la insistencia sobre el hecho de que los efectos del miedo poseen en cierto modo un carácter de adecuación de principio, a saber, que el miedo desencadena la huida, queda suficientemente comprometida por algo que es preciso remarcar: que en muchos casos el miedo paralizante se manifiesta como acción inhibidora y hasta plenamente desorganizante, y hasta puede arrojar al sujeto en el desconcierto menos adaptado a la respuesta, menos adaptado a la finalidad considerada como la forma subjetiva adecuada".*⁴

3 Briefings El miedo y la amígdala, Marzo, 1998. Disponible en: <http://www.genaltruista.com/notas/00000289.htm>

4 Lacan, J. Seminario X La Angustia. Clase 13. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2006

Que mejor ejemplo que la descripción que hace el texto sagrado de la India, el *Bhagavadgîtâ* cuando describe la reacción de un gran héroe Arjuna, cuando en la gran batalla entre los justos los malvados, ve en el bando contrario muchos seres queridos y dignos de veneración y cae en un estado de abatimiento que se describe en los capítulos 1 y 2 del poema. Lleno de compasión y desalentado (*vishîdat*) dijo: “Viendo a los míos reunidos aquí dispuestos a combatir / mis miembros desfallecen, se me seca la boca, me tiembla el cuerpo y el pelo se me eriza. / El arco se me cae de las manos, me arde la piel. No puedo mantenerme en pie y la cabeza parece darme vueltas” (1.28b-30)”⁵.

Traigo este ejemplo a colación, no sólo por la extraordinaria ejemplificación de las reacciones que el miedo puede suscitar descritas con la belleza del *Bhagavadgîtâ*, sino por un dato curioso que en relación a ello Lacan nos aporta. Buscando las raíces de la palabra miedo Lacan se topa con el significante “Aterrado”, sorprendiéndose ante éste pues “*aterrado*” no tiene originalmente y en muchos de sus empleos el sentido de impresionado de terror, sino el de caído en tierra”⁶ recordándonos así que etimológicamente “no es otra cosa que volver a la tierra, que hacer tocar tierra, o que poner tan bajo como tierra” viendo así, en el uso corriente del término, lo que de ello implica este trasfondo de terror. Así Lacan demostrará el vínculo entre aterrado y abatido, en tanto sustitución metafórica. Al decir: “*un guerrero fue abatido*”, es lo mismo que decir, “*fue echado a tierra*”.

También demostrara que, desde nuestra subjetividad, cuando topamos con el significante aterrado, no lo asociamos directamente con tierra. De inmediato, la asociación parte de la raíz “*que tiene el mismo fonema que está en “terror”*”. Es por la vía significativa, es por la vía del equivoco, es por la vía de la homonimia, es decir de la cosa más sin sentido que pueda haber, que viene a engendrar este matiz de sentido, que va a introducir, que va a inyectar, en el sentido ya metafórico de “*abatido*”, este matiz de terror”.⁷

5 Ruiz Calderón, Javier. *Miedo y Religión*. Simposio realizado del 3 al 6 de febrero de 2000 el Campus de Guajara de la Universidad de La Laguna. Universidad Pontificia de Comillas. Disponible en: <http://www2.ull.es/congresos/conmirel/calderon1.html> pág 2

6 Lacan, J. Seminario V. Las formaciones del Inconsciente (1999) Editorial Paidós. Buenos Aires.

7 Ruiz Calderón, Javier. Op cit., pág. 2

El *Bhagavadgîtâ* lo ejemplifica en el terror de Arjuna de verse en dicha situación: “¿Cómo voy a atacar a mis mayores dignos de veneración? Más me valdría vivir de limosnas, o morir Es por ello que Arjuna “...se sentó en el asiento de su carro dejando caer el arco y las flechas con la mente sumida en el dolor” Estaba “abrumado por la compasión, con los ojos llenos de lágrimas y totalmente abatido (*vishîdat*)”⁸

Otra interesante relación es la del miedo con el pánico. Nos dice la Real Academia que pánico viene del latín *panicus* en referencia al dios Pan. Pánico procede del griego *Panikós*. En realidad, la expresión completa es “terror pánico”. Inspirado en esta faceta de Pan, debida a su “naturaleza salvaje... se le atribuía la generación del miedo enloquecedor”.

La referencia a la mitología nos ayuda a comprender como muchos de estos mitos servían para explicar fenómenos a la masa humana, o fomentar reglas de convivencia. Freud y Jung, insistieron en la de analizar los peligros que para el hombre suscitaron ciertos estímulos conformando así la base del miedo en la historia humana. Por ejemplo, al principio de nuestra historia, el pánico era “*el temor masivo que sufrían manadas y rebaños ante el tronar y la caída de rayos*”. ¿Como se le explicaba a la gente este fenómeno natural? En Grecia se decía que era la molestia de Pan si se le despertaba de sus siestas, de allí que “*los habitantes de la Arcadia tenían la creencia de que, cuando una persona hacía la siesta, no se la podía despertar bajo ningún concepto, ya que, de esa forma, se interrumpía el sueño del dios Pan. En este caso, Pan se aproxima a la noción de Demonium Meridianum (Demonio del Mediodía)*”.

Otro interesante ejemplo en la mitología lo encontramos en la Hidra de Lerna. Sabemos que alrededor del año 600 d.C., Isidoro de Sevilla se dedicó en su libro *Etimologías* a desmitificar a los monstruos paganos para liberar del miedo de ellos a los cristianos. Con la pluma de la razón escribió, entre muchos ejemplos: “*Dicen que la Hidra era una serpiente con nueve cabezas con nueve cabezas llamada en latín excetra... porque al cortar una cabeza nacían tres. No obstante consta que Hidra era un lugar que vomitaba aguas que devastaban una ciudad vecina: al cerrar una de las bocas se abrían otras muchas. Hércules al ver esto cerró esos lugares cerrando así las*

8 Ruiz Calderón, Javier. Op cit., pág. 3

bocas de las que brotaba el agua. De hecho la Hidra tomó el nombre de agua...”⁹

La religión dio otro manejo del miedo. Si bien eruditos cristianos como el recién mencionado Isidoro de Sevilla o Clemente de Alejandría se encargaron de desmitificar las creencias paganas, otros personajes supieron servirse del miedo para lograr otros fines.

Había caído el Imperio Romano. La muerte estaba a la orden el día. Las guerras. La peste. La hambruna. En sus versos de la muerte el poeta Hélinand de Froidmont canta:

La muerte en una hora lo destruye todo. ¿De qué sirve la belleza, de qué sirve la riqueza? ¿De qué sirven los honores, de qué sirve la nobleza?

Pero ¿de dónde venía la inspiración para esos poemas? Dejemos que el semiólogo y escritor Umberto Eco nos lo explique:

“Si el santo esperaba la muerte con alegría, no puede decirse lo mismo de las grandes masas de pecadores; en este caso, no se trataba tanto de invitarles a aceptar serenamente el momento de la muerte como de recordarles la inminencia del paso, de modo que pudieran arrepentirse a tiempo. Por consiguiente, la predicación oral y las imágenes estaban destinadas no solo a recordar la inminencia e inevitabilidad de la muerte sino a cultivar el terror a las penas infernales”¹⁰

El triunfo de la muerte se vuelve el eje de las representaciones, al punto que “en Roma cuando se celebraba el triunfo de los caudillos victoriosos, un siervo que iba en el carro junto al aclamado le repetía sin cesar: recuerda que eres un hombre”¹¹

En los lugares sagrados y en los cementerios, se comienza a celebrar la Danza de la muerte o Danza macabra. Si bien la Real Academia nos dice que macabro significa: “Que participa de la fealdad de la muerte y de la repulsión que esta suele causar”¹². La idea no apunta a causar miedo sino a calmar a la gente. Eco lo precisa cuando escribe que la palabra macabro nace “no tanto para aumentar el terror de la espera como para ahuyentar el miedo y familiarizarse con el momento final”¹³

Si bien el momento cumbre del triunfo de la muerte llega en la obra homónima de Bruegel, sin embargo, su más curiosa repercusión la vemos en el siglo XVII en la obra Los Embajadores de Holbein. Aquí dos figuras nobles se nos muestran en su esplendor empero la irrupción de una figura misteriosa rompe la simetría del cuadro. Vista de lado descubrimos un cráneo humano. El fenómeno se llama anamorfosis, nos recuerda nuevamente que nada es perecedero. La repercusión ominosa, temible de esta obra, aún nos sacude en la actualidad.

Los conocidos como los antipapas vieron en el miedo una fuente de poder y riquezas. Así se olvidaron de las enseñanzas del Nazareno y con la amenaza del infierno para inculcar temor a los creyentes, sin darse cuenta hacen del demonio su mejor cliente. Se desempolvan antiguas leyendas que yacían dormidas en lo profundo de la psique humana. Y la iglesia del antipapa comenzó a cobrar dividendos con la venta de indulgencias y de reliquias (sean astillas de la cruz donde murió Jesús, partes de los cuerpos de santos y mártires, o alguna de sus pertenencias). El problema es que hubo más de un santo que de acuerdo a la mercancía expuesta tenía más de 10 dedos, o dos piernas, etc.

Cuenta Paolo Segneri que en el panegírico de San Ignacio de Loyola el santo cuenta los más dolorosos tormentos que se infligía buscando dominar su cuerpo. Al punto que recomienda: “Escuchadme y luego, si podéis, no os horroricéis” ayunos de hasta ocho días, flagelaciones cinco veces entre noche y día “hasta sacarse sangre... pasar de rodillas siete horas al día en profunda contemplación, no parar nunca de llorar”¹⁴.

Las penitencias a las que se sometió Santa Rosa de Lima no se quedaban atrás, al punto que la propia Iglesia debió llamarle la atención. Es curioso que la vía del martirio como forma de acceso al Reino de los cielos, se mantuviera durante tanto tiempo vigente, a pesar de la propuesta psicoterapéutica, que hiciera San Agustín, en tanto el uso de la confesión como forma de liberar lo angustiante en el alma. El peso del pecado, y la fuerza de nuestras pulsiones eran mucho más fuertes. Y de una u otra manera había que aniquilarlos, prescindiendo del cuerpo.

Cabría preguntarse el vínculo de ello con la actual adicción al gimnasio, a las cirugías estéticas y dietas,

9 Ecco, U. Op cit., pág. 98

10 Op cit., pág 66

11 Op cit., pág 67

12 Disponible en: <http://buscon.rae.es/draef/>

13 Ecco, U. Op cit., pág. 60

14 Ecco, U. Op cit., pág. 61

con los implantes con silicón, hilos búlgaros que suben la piel que baja, botox y pastillas quemadoras de grasa; con trastornos alimenticios tales como la anorexia y la bulimia; o con prácticas, que erotizan el cuerpo con marcas de tatuajes o perforándolo con piercings.

No son más que formas de hacer existir a un cuerpo que se evanece. De hacer frente a las amenazas del día a día, que se nos han ido de las manos al punto de torcer el eje terrestre. El recalentamiento global, los tsunamis, la explosión de bombas nucleares en los océanos, nuestros océanos, y que lo único que hacen es preanunciar la devastación de nuestra propia esencia. La *segunda muerte* la llamaría Lacan parafraseando a marqués de Sade.

Ahora la Danza de la muerte está pintada en cada uno de los periódicos que leemos a diario o que escuchamos en radio o TV. Y nosotros la negamos en nuestro cuerpo, bajo el lema de culto a la belleza.

En tiempos donde todo es *fast, ready made*, donde lo nuevo caduca pronto en pro del mercado de la tecnología, vemos en la transitoriedad de nuestros cuerpos, el presagio de su fin. Y para hacer frente a ello, tecnología y estética se suman para brindar una fantasía de vida, cerrando nuestros ojos ante el inefable destino. Las prótesis vienen a darle a nuestra psique una ilusión de eterna juventud y vigorosidad. Veamos al menos las estadísticas en nuestra región.

Salvando las distancias entre San Ignacio y nuestras misiones, sus martirios para cumplir con las exigencias estéticas del certamen no son de desestimar (lijarse las caderas, quitarse costillas) Orlan, artista del performance, de la vanguardia del Body Art decidió hacer frente a esto en un acto de rebeldía contra los estándares del mercadeo de la moda. Entonces decidió modificar su propio cuerpo, retando a Dios y al ADN. Para ello se buscó un *"esteticista quirúrgico"*, con el fin de hacerse colocar la barbilla de la Venus de Botticelli, la frente de Mona Lisa, la boca de Europa de Boucher y los ojos de Psique de Gérome. El *esteticista quirúrgico*, le sugiere que si desea hacer algo transgresor debía ponerse ambos ojos a un lado de la cabeza, a lo que ella respondió colocándose implantes de mejilla por encima de las cejas. Y Orlan lo logró, con la tecnología propia de nuestro tiempo, lo logró.

Es fácil exclamar: "que loca". Al menos Orlan tomó su decisión sobre su cuerpo en actitud de resistencia y advertencia. Pero no podemos decir lo

mismo de las modelos. A nadie se le ocurre denunciar a los organizadores de los concursos de belleza. A ellas se les admira e imita, con anorexia incluida. Y qué decir de la proliferación de programas sobre resolución de crímenes o de películas de terror donde, con más frecuencia, aparecen escenas truculentas de torturas y descuartizamiento de cuerpos. Hay un implícito placer perverso en ello...

El poeta Schiller definió esto como una "disposición natural" a lo horrendo. En todas las épocas las ejecuciones han sido parte del entretenimiento público. El Marqués de Sade lo subrayó con una pregunta en su libro Justine: *"¿Acaso nuestros lugares públicos no se llenan de gente cada vez que se asesina a alguien conforme a la ley?"*, Callot denunció como los suplicios de los ahorcados se convertían en espectáculos públicos.

Eco nos señala que si hoy en día nos sentimos más civilizados es porque el cine con las mencionadas películas, asumió colocar esas escenas sobre la pantalla, presentándolas como ficticias.

Lacan, basado en Freud, nos muestra en lo que llamó el goce esa tendencia tan humana a repetir lo que más le duele. Verbigracias el consumo de cigarrillos, alcohol, las adicciones o los deportes extremos. Repetimos y repetimos, encontrando un placer en lo que tanto daño nos hace, equivalentes suicidas. Decir frente a un deporte extremo "me gusta la adrenalina" es metáfora del placer frente al miedo que produce el riesgo.

Y nos apaciguamos pensando que la muerte le sucede a otro. No a uno. La imagen del paso inexorable del tiempo queramos o no nos afecta pues nos confronta con nuestro fin. Es la historia de Cronos (el tiempo) comiéndose a sus hijos, o el poema del Gita:

"Me estremezco, pierdo la paz y no distingo las direcciones del espacio. Ten piedad. Los guerreros entran en tus terribles bocas, los masticas y mueren. Devoras a todos los seres ¿Quién eres tú, de forma terrible (ugrarûpa)? El Señor respondió: «Yo soy kâla (el tiempo, es decir, la muerte)»

Freud lo trabajó en extenso en su texto *Lo Siniestro*. Allí señaló el efecto de imán de dejarse atraer por visiones angustiantes. A Freud le llamó la atención cómo la palabra siniestro en alemán se es-

cribe “unheimlich” pero cuando se le quita el prefijo “un”, leemos la palabra «heimlich» (íntimo, secreto, y familiar, doméstico), imponiéndose en consecuencia la deducción de que lo siniestro causa espanto precisamente por su carácter familiar para el sujeto. Descubrió así como en esas visiones, hay un renacer de nuestras terribles vivencias más primitivas cuando nuestro cuerpo aun no lograba el control de todas sus partes, en todos esos momentos cuando nuestra fragilidad nos hizo creer que podíamos morir. Atracción y temor ante lo desconocido- conocido.

Hoy día las diversas formas del mercadeo y la industria farmacéutica se mueven veloces para ayudarnos a sobrevivir: gadgets y prótesis. Directrices sobre la medicina para especializar y sub especializar al profesional, recreando así una nueva anatomía sobre nuestros cuerpos ahora fragmentados. Acaso lo pudo imaginar Boiffard cuando, en 1929, impactó a los asistentes a su exposición fotográfica con la foto *Pulgar de hombre de treinta años*. Presagio de nuestros tiempos de cuerpos fragmentados, en nuestras diversiones, en las especializaciones de la medicina, la estética, la farmacia.

Comercialización del miedo. Traten de entrar en cualquiera de nuestras grandes farmacias en la noche, o un fin de semana donde incluso verán gente que van allí a pasear y ver qué necesitan por si acaso...

Comercialización del miedo. Pero ahora el infierno no está más allá de la muerte ubicado en oscuras profundidades, sino en nuestra piel, frente al espejo, o al otro lado de la ventana.

Y nuevamente el arte, haciendo frente y denunciando. El artista chipriota Sterlac, eleva su protesta: se presenta conectado a un computador para que el público pueda moverlo como a un objeto, o anunciando el implante de una oreja en su brazo porque el sentido de la audición natural del cuerpo no es suficiente.

El cuerpo es obsoleto, anuncian los artistas del movimiento Post Humano, y nosotros nos reímos y de nuevo decimos “están locos”... Pero Terminador no es sólo una serie del alcalde de California. Con seriedad se está pensando en la sustitución de nuestros miembros por otros más perecederos, máquinas por hombres, o... no sé si es peor aun, la manipulación genética. Y todo ¿para qué? Freud lo llamaba

“temor a la castración”. Lacan lo explicó: a nuestro miedo a sabernos que no estamos completos.

Después de este recorrido esperamos demostrar que el mínimo común denominador de todos nuestros miedos es la muerte, el miedo a la muerte. Un Real que a pesar de los siglos de historia, el hombre aún no ha podido resolver.

Identidad y globalización

NAPOLEÓN FRANCESCHI

Profesor e investigador. Egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (1976). Obtuvo una Maestría en Historia Intelectual de Europa y Estados Unidos de América (Master of Arts, University Of the Pacific, Stockton, California, USA, 1984) y Doctor en Historia, Summa Cum Laude (UCAB).

Ha ejercido la docencia a niveles de Pregrado y Post-grado durante más de tres décadas. Desde 1976, se desempeñó como profesor en el Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. Profesor Titular jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

Desde 2005, está adscrito al Dpto. Didáctica/Humanidades de nuestra Casa de Estudios. Desde allí, imparte clases en el Área de Historia. Igualmente, es invitado regular de "Conversaciones con la Historia", ciclos de conferencias trimestrales coordinados por la Dra. Laura Febres.

Como incansable investigador, ha publicado diversos artículos sobre temas históricos y didácticos en revistas especializadas. Es autor de los libros: *Caudillos y caudillismo en la Historia de Venezuela* (Caracas, 1979); *Vida y obra del Ilustre Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 1994); *Venezuela Petrolera* (Caracas, 1998); *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana 1830-1883* (Caracas, 1999); *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 2001); entre otros. Como autor o coautor ha escrito dieciocho manuales de historia para escolares (Caracas, 1973-2009).

En el número 27 de Cuadernos Unimetanos/julio 2011 nos deleito con una triada de cuentos dedicados al pueblo de Onoto. En esta oportunidad, nos presenta un incisivo ensayo sobre el tema de la Identidad Nacional de los venezolanos y su supuesta dicotomía en tiempos de "Globalización".

Antes de presentar nuestro punto de vista, contrastaremos los de Thomas Friedman, Mario Vargas Llosa y Esteban Emilio Monsonyi.

Relata Friedman¹ el impacto de una visita a la fábrica de los autos *Lexus* en Japón. Producían diariamente 300 de ellos con el trabajo de 66 operarios y 310 robots. Los humanos más que todo revisaban la calidad. Después viajó a "*Ciudad Toyota*" en el "tren bala", a 300 kilómetros por hora, y allí, todavía mareado por la velocidad, leyó en el "*International Herald Tribune*" una nota sobre el conflicto del Medio Oriente.

Reflexionó que mientras los japoneses estaban fabricando los autos más lujosos del mundo y él viajaba en ese ultra rápido tren; en un rincón del planeta que conocía muy bien, todavía seguían luchando como desde hace miles de años acerca de quién es el dueño de cada árbol de olivo. Confiesa Friedman que allí comenzó una reflexión sobre el tema de la globalización.

El autor, quien en una oportunidad estuvo en el IESA, plantea que "*el Lexus representa la fuerza y el impulso de la creación de riqueza, mientras que el árbol de olivo representa las raíces, la tradición, la necesidad humana de identidad y de pertenecer a una comunidad.*"

¹ Este norteamericano, dos veces Premio *Pulitzer* de Periodismo y "*Gurú*" de la mundialización, es autor del *best seller* "*The Lexus and the Olive Tree*" (revista PRIMICIA, entrevista, Caracas, abril 25, 2000), pp. 26-28)

Fue un shock - dice – entender que ambos símbolos expresan perfectamente *“el momento de la posguerra fría y la globalización que atravesamos. La mitad del mundo parece emerger hacia la nueva economía mundial, tratando de fabricar un Lexus mejor que el de los japoneses, modernizando, privatizando y tratando de abordar el tren de la globalización, mientras la otra mitad de un país, sigue atrapada en la disputa acerca de sus raíces y sus derechos territoriales.”*

En este planteamiento está esbozado el juego dialéctico entre modernidad y tradición, entre aferrarse al pasado o aceptar los retos del presente y del futuro.

El *“Lexus”* es un excelente símbolo de esta sociedad contemporánea cada vez más globalizada, donde no sólo circulan capitales para la inversión y nuevas tecnologías. También una avalancha de nuevas ideas que horadan todas las fronteras, incluyendo aquellas donde todavía se matan, desde tiempo inmemorial, por el control de un terreno donde está sembrado un árbol de oliva.

Para nuestra suerte, Mario Vargas Llosa publicó también un ensayo titulado *“Las Culturas y la Globalización”*².

Explicaba el autor que en las protestas se denunciaba la globalización señalando que *“La desaparición de las fronteras nacionales y el establecimiento de un mundo interconectado por los mercados internacionales infligirán un golpe de muerte a las culturas regionales y nacionales, a las tradiciones, costumbres, mitologías y patrones de comportamiento que determinan la identidad cultural de cada comunidad o país.”*

Agregó Vargas Llosa que aunque se denuncia la invasión cultural de los países desarrollados, especialmente de USA, paradójicamente, esto no lo hacen sólo las minorías radicales. En Francia también lo asumen variadas corrientes que se oponen a esa penetración estadounidense.

Ahondando algo más, dice que el argumento cultural contra la globalización no es aceptable, aunque conviene reconocer que en su fondo yace una verdad: *“El mundo en el que vamos a vivir en el siglo que comienza va a ser mucho menos pintoresco, impregnado de menos color local, que el que dejamos atrás... Pero no por el proceso de la*

globalización, sino de la modernización, de la que aquella es efecto, no causa”.

Vargas no cree que ello pueda evitarse ni siquiera en países como Cuba o Corea del Norte, y concluye que *“el alegato a favor de la “identidad cultural” en contra de la globalización delata una concepción inmovilista de la cultura que no tiene fundamento histórico. ¿Qué culturas se han mantenido idénticas a sí mismas a lo largo del tiempo? Para dar con ellas hay que ir a buscarla entre las pequeñas comunidades primitivas.”*

Según el autor la noción de *“identidad cultural”* no tiene consistencia conceptual, y, en el plano político, es un peligro para la libertad.

Concluye Vargas Llosa destacando que *“el concepto de identidad es reductor y deshumanizador, que la noción de identidad colectiva es una ficción ideológica, cimienta del nacionalismo, que una de las grandes ventajas de la globalización es que extiende a cada ciudadano del planeta la posibilidad de construir su propia identidad cultural, que el temor a la americanización del planeta es una paranoia ideológica”.*

Es cierto que con la globalización el idioma inglés ha pasado a ser, como el latín en la Edad Media, la lengua general de nuestro tiempo.

Pero esto no ha impedido la expansión de otros idiomas, entre ellos el español que tiene millones de hispanohablantes en USA.

“Las culturas necesitan vivir en libertad, expuestas al cotejo continuo con culturas diferentes, gracias a lo cual se renuevan y enriquecen, y evolucionan y adaptan a la fluencia continua de la vida. En la antigüedad, el latín no mató al griego, por el contrario, la originalidad artística y la profundidad intelectual de la cultura helénica impregnaron de manera indeleble la civilización romana (...) La globalización no va a desaparecer a las culturas locales; todo lo que haya en ellas de valioso y digno de sobrevivir encontrará en el marco de la apertura mundial un terreno propicio para germinar”.

Citando a T.S. Eliot, recuerda que éste predijo el florecimiento de las culturas locales y regionales. Al respecto véase lo ocurrido en Europa, especialmente en España.

No deja pasar por alto que en los siglos XVIII-XIX, los estados nacionales aniquilaron las identidades

² Diario EL NACIONAL (Caracas, Abril 16, 2000) (p. A/7, Opinión).

culturales más débiles e impusieron una cultura dominante, hasta prohibiendo idiomas y tradiciones.

En fin, acota Vargas Llosa que la *globalización* plantea muchos retos; pero ella debe ir acompañada de la *mundialización* y profundización de la democracia, la legalidad y la libertad.

Remata señalando que "... *nunca antes, en la larga historia de la civilización humana, hemos tenido tantos recursos intelectuales, científicos y económicos como ahora para luchar contra los males atávicos: el hambre, la guerra, los prejuicios y la opresión.*"

La correlación que hace Vargas Llosa entre Identidad y Globalización no es posible calificarla de neutra o no comprometida. Sin duda ella expresa una vigorosa posición ideológica a favor de la modernidad, la libertad individual y el cambio transformador.

Sin estrechos complejos nacionalistas, el autor acepta las bondades de ese "*nuevo fantasma que recorre al mundo*". Cuestiona esas posiciones defensivas de estados y sociedades que todavía pretenden cerrarse ante esas sucesivas olas que surcan el planeta.

Para completar el ciclo de autores citados abordemos ahora los polémicos planteamientos de *Esteban Emilio Monsonyi*³.

Éste último enfrenta abierta y directamente a Mario Vargas Llosa y su ensayo "*Las Culturas y la Globalización*". Señala que este autor tiene una "*visión ultraneoliberal*" del asunto y lo califica de "*emisorio de la mediocridad*".

Argumenta que "*De hecho, la globalización hegemónica tiene poco que ver con la mundialización, real o potencial, de cada fenómeno surgido en el orbe por vía de los medios de comunicación contemporáneos. Así, el que se oiga hablar en español hasta en los lugares más remotos no es algo que se inscriba en los grandes proyectos culturales, si cabe utilizar el término, de las corporaciones transnacionales.*"

Agrega que cualquiera sabe que en USA se reprime el idioma español, hasta en entidades hispanizadas como California y Florida. Allí el idioma ha venido perdiendo prerrogativas y ya no se plantea su oficialización regional. Además, "*la educación bilingüe está de capa caída.*"

Antes de continuar con lo escrito por Monsonyi, traeremos a colación un debate que se generó en

USA, a partir de la publicación de una obra de Richard Rodríguez⁴.

Este autor, de obvio origen hispano, fue un brillante intelectual con una formación académica de alto nivel. Rodríguez y otros intelectuales latinos de la década de 1980 empezaron a refutar el supuesto carácter "progresista" de mantener la dualidad cultural de los hispanos (especialmente los de origen mexicano), expresada en esa lucha permanente por las tradiciones propias y la educación bilingüe.

Rodríguez, enfrentando a muchos de su propio entorno cultural, opinaba que la solución no era mantenerse "auto segregado" en medio de dos identidades. Más bien, defendió la idea de incorporarse totalmente a la cultura dominante. Afirmó que sólo así se podía abandonar el *gheto*, incorporarse y competir con éxito en el sistema educativo y en la sociedad estadounidense. Hacer lo contrario, decía, era quedar relegado para siempre como trabajador no calificado.

Debe recordarse que en el caso de Texas y California, fueron los propios pobladores hispanos quienes invitaron a los anglosajones a establecerse en esos territorios a mediados del Siglo XIX, y fue posteriormente, cuando los estadounidenses agredieron a México y decidieron quedarse con todo.

Una consecuencia de esas anexiones territoriales es el carácter peculiar de Nuevo México. Este es el único estado donde el español es lengua oficial junto con el Inglés, haciendo la salvedad que, curiosamente, en USA no hay un "idioma oficial" para toda la nación. Aunque también es cierto que la mayoría anglosajona se opone a que se gaste tanto en los "extranjeros" que pretenden vivir en el país que los acoge sin asimilarse totalmente⁵.

Terminada esta necesaria digresión, continuaremos reseñando la filípica que Monsonyi lanzó contra Vargas Llosa.

Dice que éste "*despotrica contra el concepto de identidad colectiva acudiendo al ridículo, simplísimo y mil veces superado argumento de que ella no es estática y, sobre todo, incompatible con las identidades individuales, con la libertad de la persona como tal.*"

3 Diario EL NACIONAL (Caracas, Mayo, 17 de 2000 /// p. A/6 Opinión). "*Globalización y Diversidad Cultural*"

4 Doctorado en literatura inglesa, conferencista universitario y escritor. Autor de la obra HUNGER OF MEMORY. The education of Richard Rodriguez (Bantam books, 1983)

5 Véase también sobre este asunto un trabajo nuestro: Napoleón Franceschi G. "*Mito y Realidad: Bandolerismo en California, Siglo XIX*" (pp.127-145) BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. (Nº 339-340, julio-diciembre de 2002). Caracas, ANH, 2002

Y agrega Monsonyi que hasta estudiantes principiantes saben que la identidad humana es dinámica, fluida y cambiante. Constituida por “*dimensiones tales como individualidad, familia, comunidad, región, nación, afinidad ideológica o profesional, incluso solidaridad internacional y panantrópica.*”

Finalmente, Monsonyi reconoce “*la consolidación de una mega-tendencia histórica que hace viable la creciente articulación intercultural de todas las sociedades humanas grandes y minúsculas; todo lo que presagia un enriquecimiento increíble de la experiencia humana en medio de la socio diversidad*”. Lamentablemente, acota que hay una fuerza que se opone a esta potencialidad sin precedentes: La vía corta de “*la globalización neoliberal, cuyo proyecto confeso es la masificación de la humanidad*” sobre la base del pensamiento único y la homogeneidad castrante.

Estas ideas expresan claramente su conocida posición sobre el tema, esto es, la defensa a ultranza de esa especie de “*autoctonismo*” o indigenismo militante.

Era de esperar que rechazara abiertamente una posición como la de Vargas Llosa.

Presentados ya los argumentos anteriores, ofreceremos ahora algunas ideas nuestras sobre el tema. Al compararlas con lo dicho por los autores mencionados, se notará que hay coincidencias y también – como es lógico – cuestiones que chocan con nuestros puntos de vista.

Más que definir, de manera abstracta, qué es eso tan escurridizo como la *identidad nacional*, nos acercaremos al tema desde variados ángulos para comprender mejor el asunto.

En primer lugar, afirmamos que no creemos que nuestra identidad nacional la tengamos que ver solamente asociada al remoto pasado.

Quienes creen que nuestra identidad sólo la representa el *rancho* o choza de *bahareque*⁶, el palafito, el *conuco*, el sombrero de cogollo, las alpargatas y el *liqui-liqui*; la carne en vara, el casabe, la hallaca, las *arepas* y *cachapas*; la leyenda de María Lionza y el baile de joropo con arpa, cuatro y maracas tienen una muy reducida visión sobre lo que representa la identidad de un pueblo o nación.

La *identidad nacional* de los venezolanos de nuestros días no tiene que ser necesariamente igual a la

de aquellos que vivieron en remotas épocas. Diríamos más bien que, la identidad de un pueblo es muy dinámica, ella refleja las transformaciones ocurridas en la economía, la sociedad, el Estado y la cultura en cada época histórica. No podemos suponer, por ejemplo, que aquellos criollos “*mantuanos*” de la Caracas de finales del siglo XVIII pensarán igual a los que sobrevivieron a la terrible revolución de la guerra de independencia nacional. Es obvio, que sus ideas, opiniones y todo aquello que formaba parte de su propia mentalidad e identidad quedaron afectados profundamente por las transformaciones económicas, sociales y políticas ocurridas entonces.

En fin, no puede suponerse que, de ninguna manera, sus opiniones sobre lo que representaban las antiguas ideas siguiesen igual y que su identidad fuese la misma de antes.

La mayor parte de los representantes de esas elites criollas desarrollaron una nueva identidad de acuerdo con los cambios sufridos por la sociedad venezolana y se la impusieron al resto del país. De la misma manera, ya en nuestro siglo XX, al desarrollarse la nueva economía petrolera y el consiguiente proceso de decadencia y desaparición de la economía tradicional de la “*Venezuela Agraria*”, se abrió paso a un proceso de cambios en la mentalidad de las elites venezolanas, base para la formación de una nueva identidad nacional. Lógicamente, siempre las ideas dominantes son las ideas de las clases y grupos dominantes.

En resumen: Durante la época colonial fuimos cerradamente hispano-católicos; a partir de la independencia nos abrimos hacia el espíritu cosmopolita hijo de las ideas de la Ilustración liberal; en los siglos XX y XXI, en medio del avasallador avance del capitalismo occidental se nos incorporó (gracias a la riqueza petrolera) a la caravana de la cultura anglosajona.

Visto ya el problema de manera general, examinemos ahora el asunto con mayores detalles:

Durante los siglos coloniales nuestra identidad estuvo signada por el tradicional respeto y sumisión al monarca español y a la iglesia católica y sus mandatos morales, éticos, estéticos e ideológicos; a la cultura tradicional ibérica y también por algunos elementos propios de nuestro mestizaje africano e indígena. En cierto sentido, nos sentíamos parte integrante de una vasta comunidad hispana hermanada

⁶ El *bahareque* es una pared hecha con barro y paja picada, embutido dentro de una armazón de horcones de madera, caña brava y otros materiales. Esta estructura sostiene un techo de paja o de hojas de palma.

por lazos de lengua, religión, costumbres y tradiciones. Y aunque el proceso de emancipación nacional trastocó el orden colonial, no se borraron todos esos viejos lazos creados a través de más de trescientos años de historia común. No es fácil que la mentalidad o el *"imaginario colectivo"* de un pueblo cambie de manera radical en un período histórico corto.

De todas maneras, los venezolanos tuvieron que intentar darles respuestas a las interrogantes planteadas al alcanzar su emancipación nacional en el período 1810-1823.

Al preguntarse cuál era su identidad, respondieron con una negación. Establecieron la nueva identidad sobre la base del rechazo a su propio pasado. Amputaron parte fundamental de su historia al querer olvidarse de sus ancestros españoles, a los que condenaron en los más duros términos, hasta construir eso que se ha denominado la *"Leyenda Negra"*⁷.

Cuando los primeros historiadores del siglo XIX venezolano escribieron sobre aquella patria recién emancipada, en general, lo hicieron siguiendo un mismo patrón, esto es, afianzar la nueva identidad sobre la base de enfrentar el pasado español como algo esencialmente negativo.

Destacaron la codicia y las atrocidades de los navegantes, conquistadores y colonizadores hispanos, la barbarie de la guerra de independencia (realistas sanguinarios), el oscurantismo, la intolerancia, el fanatismo y el atraso⁸.

Frente a ese negativo cuadro, estos historiadores plantearon como contraste la gesta de los héroes de la patria. Sólo la acción de los próceres libertadores encabezados por Simón Bolívar logró poner fin a esa larga noche y traernos la luz de la libertad política, el progreso y una patria propia⁹.

Era lógico y necesario que, ante ese inmenso vacío dejado por esa actitud negadora, se apelara al **culto de los héroes** como el único sustituto o consuelo para un pueblo que conquistó su independencia a costa de miles de muertos, la destrucción de su

aparato productivo, la desarticulación de la sociedad tradicional y el surgimiento del caudillismo y las guerras civiles. Se debe considerar que la primera de estas guerras civiles, lo fue la guerra de independencia, donde se enfrentaron los propios venezolanos que pelearon en uno y otro ejército¹⁰.

Sin dudas al respecto, los venezolanos que tuvieron la oportunidad de vivir en carne propia ese proceso, o los que sólo lo conocieron después, a través de las obras de los historiadores nacionales; desarrollaron su identidad, edificándola sobre una débil estructura. Pretendieron que ella se sustentara únicamente sobre las glorias de un puñado de héroes que nos había hecho libres, y de los cuales, ni siquiera éramos dignos hijos, si se consideraba nuestra ingratitud y desidia.

Éramos un pueblo que se veía a sí mismo en estos términos: Negaba a sus *"abuelos hispanos"*, pero hablaba su lengua y conservaba muchas de sus tradiciones; cantaba a las glorias de los héroes de la epopeya o gesta independentista, pero en el fondo no estaba satisfecho con lo obtenido –una libertad– que no le servía de mucho. La mayoría de los venezolanos consideró que no había cambiado positivamente su situación; pero por el contrario, los que se mantuvieron en las elites (o aquellos que se incorporaron a éstas) conservaron sus privilegios.

Hasta los días que corren, el pueblo venezolano soporta ese destino signado por la duda; destino de pueblo condenado a preguntarse reiteradamente sobre su identidad. Tal situación, creemos, la atraviesa por haber renunciado a sus raíces hispanas más profundas, las que le daban derecho a convertirse o seguir siendo parte de eso que el historiador Ruggiero Romano llamó las *"nacionalidades satisfechas"*, es decir, aquellas que se estructuraron orgánicamente desde hace siglos en Francia, Inglaterra, España, Portugal.

Cuando Venezuela y los venezolanos renunciaron a esa identidad hispana (a la que tenían y tienen derecho) prefirieron convertirse en lo que el antes citado autor denominó *"nacionalidades frustradas"*, es decir, aquellas que antes que insertarse en el viejo tronco de su madre patria, prefirieron edificar una identidad únicamente sobre la base de la libertad y

7 Este planteamiento ha sido defendido por notables historiadores, pero también ha sido cuestionado por intelectuales como Mario Briceño Iragorry, Guillermo Morón y Ángel Bernardo Viso.

8 Entre ellos: Feliciano Montenegro Colón, Rafael María Baralt, Francisco Javier Yanes, Juan Vicente González, José de Austria y Felipe Larrazábal. Considérese también la interesante propuesta de Juan Liscano, quien ha sostenido que en nuestra identidad existe el íntimo conflicto de los venezolanos que tienen el alma escindida al desear identificarse con la madre violada (la mujer indígena cuyo vientre crió al mestizo americano) y no con el padre violador, el conquistador y el colonizador español.

9 Ibidem.

10 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo Democrático y otros textos* (Biblioteca Ayacucho, Vol. 164). Caracas, 1991

la independencia nacional. Obviamente, ese sería el caso de las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

El razonamiento anterior se puede reforzar con otros argumentos de conocidos autores, pero en aras de la brevedad no lo haremos¹¹.

Resumiendo, afirmamos que Venezuela, al igual que sus hermanas repúblicas de Iberoamérica, ha sufrido una crónica crisis de identidad. Desde que asumió su condición de estado soberano, en medio de un proceso general de disolución del decadente imperio español, hasta este presente en que todavía sufre los embates del *neocolonialismo globalizador* y debe luchar desesperadamente por conservar los atributos formales de una república, nominalmente independiente.

La identidad de los venezolanos de hoy debemos afirmarla a partir de una visión integral de la misma. Sin pretender volver totalmente al remoto pasado, éste debe conocerse y asumirse como algo propio.

Ese pasado es parte fundamental de nuestra identidad como pueblo, sin él, seríamos como un individuo sin memoria. Y así como los amnésicos necesitan un “shock” para recordar, tal vez, nosotros en este caso, necesitemos algo similar.

Ciertas circunstancias históricas (como las graves crisis) habitualmente hacen que los pueblos asuman responsablemente su destino, o por lo menos, empiecen a reflexionar sobre qué cosa son y hacia dónde van.

Antes en esta reflexión se mencionaba que la identidad no era sólo una cuestión de cosas viejas del pasado. Decíamos que no se debía asociar la identidad venezolana solamente con la imagen de una choza de *bahareque*. Pues bien, cuando ya en el mundo contemporáneo han desaparecido la “*cortina de hierro*” que encerraba a la mitad de Europa, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el “*muro de Berlín*”; cuando ya se ha levantado también la despectivamente llamada “*cortina de bambú*” que encerraba a la milenaria China, no debíamos nosotros, pretender edificar en Venezuela un “*muro de*

bahareque” que proteja, como algunos pretenden, nuestra identidad “amenazada”.

Pensamos que su mejor defensa no es cerrarse xenofóticamente a todo lo que venga de otras latitudes. Tampoco levantando las barreras de un supuesto “*desarrollo endógeno*” sustentado en absurdas propuestas pre-capitalistas: Agricultura de conucos, comercio de trueque; todo ello acompañado por un indigenismo y *patrioterismo* exacerbado.

Ante la avalancha de expresiones culturales foráneas debemos confrontar todo eso con lo que es nuestro verdadero patrimonio. En esa confrontación tal vez se pierdan algunas cosas –pero seguros estamos– también ganaremos mucho al enriquecer lo nuestro.

Cómo encerrarse detrás de ese “*muro de bahareque*”, si ya somos parte de este mundo contemporáneo, donde diariamente interactuamos utilizando la “*autopista de la información*”, sustentada en las comunicaciones a través de satélites, antenas rastreadoras, cables de fibra óptica, navegación por Internet, redes sociales y todo tipo de equipos que procesan y almacenan gigantescas bases de datos.

No cabe duda, en estos días, somos –más que nunca– los habitantes de una gran “*aldea global*”, habitantes de un planeta que pueden ver y escuchar “en vivo y en directo” los discursos del Presidente de los Estados Unidos de América, del rey de España y de otros dirigentes mundiales, los debates de los más importantes parlamentos del mundo, así como los eventos científicos, artísticos, deportivos, políticos o de cualquier naturaleza. **En suma**, todo el acontecer nacional, continental o mundial desfila ante nuestros ojos de manera inmediata o a las pocas horas de haber tenido lugar.

Por eso nos repetimos ¿cómo cerrarse a esa invasión de nuevas ideas?

Ninguna pared, ningún muro nos pone a salvo de la masiva circulación de nuevas expresiones culturales cada vez más cosmopolitas que determinan las características de la identidad nacional venezolana contemporánea.

Ante esta realidad, solamente tenemos una alternativa, sólo nos queda una trinchera en defensa de nuestra esquiza identidad: **Fortalecer la conciencia histórica**, asumirla en toda su complejidad. Penetrar en todos sus recodos, sin complejos, sin mutilar sus

11 Además de Ruggiero Romano, autores como Ángel Bernardo Viso, Germán Carrera Damas, Nikita Harwich Vallenilla han abordado este tema. En nuestro libro *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana* (Caracas, Litho-tip, 1999), estos autores son considerados ampliamente. Igualmente lo hacemos en *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar (Formación Intelectual e Ideológica de Simón Bolívar en el Tiempo de la Ilustración, su Relación con el Carácter Hispánico)*. Caracas, Vadell-Hermanos editores, 2001

más profundas **raíces indígenas, africanas, mestizas y, sobre todo, españolas** –ya que este último componente ha sido el más negado– pero, paradójicamente, - es el que expresa lo sustancial de nuestro ser nacional: Idioma, tradiciones, religión, costumbres, folklore e historia de más de quinientos años.

Sin complejos, y sin avergonzarnos de lo nuestro, debemos relacionarlo con esa avalancha de información que nos invade (sin tener o no nuestro consentimiento). Sólo así se puede conservar una identidad viva y propia en estos tiempos.

Crear –ingenuamente– que nuestra identidad puede ser defendida, protegida y mantenida “pura” aislándonos de todo contacto con lo foráneo es condenarnos al fracaso. Sería como admitir, anticipadamente, que lo venezolano no sirve y que sólo lo extranjero es lo deseable, por ser supuestamente mejor o superior. Asumir esa actitud sería una posición de pueblo acomplejado, inseguro de lo que valen sus tradiciones, su cultura, su idioma. Sería una actitud indigna de los pueblos cantados por el gran poeta Rubén Darío que recordaba con amor y pasión *a los que todavía rezaban a Jesucristo y hablaban español*.

Cuatro narrativas cortas en sucesión atemporal

CÉSAR TINOCO

Ingeniero Mecánico egresado de la Universidad Simón Bolívar. En nuestra Casa de Estudios, dicta materias a nivel de Postgrado.

Es facilitador de cursos en el Centro de Extensión, Desarrollo Ejecutivo y Consultoría Organizacional de la Universidad Metropolitana (CENDECO), en el Centro Internacional de Actualización Profesional de la Universidad Católica Andrés Bello (CIAP-UCAB), y en la Bolsa de Valores de Caracas. Igualmente, es conferencista invitado en charlas y talleres sobre finanzas para el Centro de Actualización Profesional (CEAPROF).

Se desempeña como columnista para el diario El Universal (Digital, Sección Opinión).

Hoy, muestra a los lectores otra faceta de su quehacer en la que explora el difícil arte del ensayo literario.

Murakami

Decidí salirme un poco de la ficción histórica (había leído *"El Médico del Emperador"* y *"Berenice"*, ambos de Tessa Korber así como *"La Conquista de Alejandro Magno"*, de Steven Pressfield)) y el 1ro de noviembre pasado (2005) compré un libro de un autor japonés llamado Haruki Murakami. El libro en cuestión se titula *"Tokio Blues o Norwegian Wood"*. Tal y como lo dice la contraportada del libro, es una historia de amor y versa sobre las pérdidas que implica el *"madurar"*.

Tratando de corroborar mis percepciones acerca de la novela de Murakami indagué en la internet y encontré un par de críticas correspondientes al New York Times (norteamericano) y The Guardian (inglés). Me llamó la atención que ninguna de las dos arrojaran algún texto sobre uno de los personajes de la novela: Un tal Nagasawa. La verdad es que me llamó la atención este personaje, mucho más que los otros que parecen como secundarios y/o principales.

Nagasawa estudia derecho en la universidad de Tokio, leyó el Gran Gatsby de Francis Scott Fitzgerald, publicada en 1925. Es un individuo que lee muchísimo pero no se adentra en ninguna obra sino hasta que transcurren 30 años de la muerte de su autor, lo cual quiere decir que solamente lee libros bautizados con el peso del tiempo, libros trascendentes digamos.

Nagasawa es inteligente y distinguido, es líder, es peculiar y complejo. El personaje principal de la novela -Toru Watanabe- es su amigo pero Watanabe no siente por él ni admiración ni respeto. Lo paradójico es que, al mismo tiempo, Nagasawa es vulgar y contradictorio. Pareciera que su comportamiento habitual es apariencia, una fachada. Sin embargo, es honesto, al menos con Watanabe... En el dormitorio de la universidad circulan leyendas sobre Nagasawa: Que tiene un pipí enorme y que se ha tirado, con sus 20 años, a más de 100 mujeres... Es buen conversador, guapo y amable, cuando no está ebrio.

Nagasawa se compara con el jugador de Dostoyevski: las chicas representan oportunidades que él no desaprovecha. En voz del propio Nagasawa: «...las chicas quieren algo que yo estoy dispuesto a darles...». Sin embargo, tal y como afirma Francis Ford Coppola en una entrevista que se le hiciera con relación a su obra *Drácula* (1992), Nagasawa tiene un lado oscuro (¿tenemos todos un lado oscuro?): Es cruel. No respeta a su novia al punto que el mismo afirma que no se merece una mujer así. De acuerdo con la interpretación que hace Toru Watanabe, para Nagasawa mientras mayor es el número de mujeres con las que se acuesta, menor es el sentido que tiene cada acto individual. Pienso que Nagasawa es un optimizador (minimizador) del sentido que tiene cada entrega individual.

A pesar de ello, mantiene un relación formal con su novia quien sabe o sospecha de su conducta. Nagasawa es perfectamente consciente de dos cosas: De sus propias limitaciones y de que la sociedad no es justa. Sin embargo, busca tomar ventaja de su situación para aprovechar las posibilidades que se le ofrecen. No vive lamentándose. Lucha y se adapta. Valora su propio esfuerzo de superación. Afirma que nada se consigue sin esfuerzo y las oportunidades hay que aprovecharlas.

Pienso que la novela no me hubiera gustado tanto sin la presencia de este personaje. De hecho, de los otros tres personajes de la novela, Naoko, Reiko y Midori solo me llamó atención Midori, pues Reiko es más bien circunstancial (aunque dijo algo que me gustó: "...Cuando uno está rodeado de tinieblas, la única alternativa es permanecer inmóvil hasta que tus ojos se acostumbren a la oscuridad...") y Naoko es una enfermedad mental, es la imagen viva de la resignación.

Aclaro: No me identifico para nada con Nagasawa...

La Vejez, el sexo y el amor

Fueron varios símbolos. Unos vinieron primero, otros después... La imagen de un viejo vecino viejo mirando a mi esposa, las "*putas tristes*" de Gabriel García Márquez, un titular de "*Descifrado*", el cuento del mismo viejo vecino viejo (otra vez) haciéndole propuestas a la muchacha de servicio y lo cual de alguna forma, corroboró mi percepción, las "*bellas durmientes*" de Yasunari Kawabata y Osho.

Leí el libro mencionado de García Márquez. El personaje en cuestión es un viejo periodista que llega a los 90 años y para festejarlo decide "*regalarse una noche de amor loco*" con una adolescente virgen de 14 años. Así comienza el libro y el prólogo que le antecede es la primera oración del cuento "*La Casa de las Bellas Durmientes*", escrito por Yasunari Kawabata (1899-1972), premio Nobel de Literatura en 1968, y que se suicidó a sus 73 años.

El cuento de Kawabata, escrito a sus 27 años (lo cual contrasta con la novela del Gabo, escrita a sus 77), relata la historia de una extraña y exclusiva posada situada en las afueras de Tokio, donde acuden asiduamente algunos ancianos de cierta alcurnia para "*disfrutar*" (o "*sufrir*" según se vea) con la compañía de jóvenes vírgenes que permanecen a su lado, durante toda una noche, desnudas y narcotizadas. El reglamento de la casa es implacable: Los viejos no pueden tener relaciones sexuales con las jóvenes, no pueden pasar la noche dos veces con la misma muchacha y no deben intentar despertarlas. A cambio, los seniles clientes sueñan y rememoran las experiencias amorosas y sexuales de su vida y evaden el temor de tener que mostrar sus cuerpos decadentes. Kawabata describe esta situación, a través de la ficción y de la estética tradicional japonesa, y narra la historia de Eguchi, un viejo de 67 años (en términos operativos un "*viejo*" es alguien mayor de 65 años... El punto puede ser importante por la implicación legal que conlleva en términos de jubilación, seguros, etc).

Más que las semejanzas entre las dos obras, me llama la atención sus diferencias. El cuento de Kawabata gira alrededor de la vejez, alrededor de la tristeza y de la insoportable desesperación que produce, alrededor de su soledad y de la desesperanza de los ancianos en cualquier mujer. Me atrevería a decir que también gira alrededor del sexo como vehículo. El texto de Kawabata tiene un matiz inevitablemente

trágico. La novela del Gabo también gira alrededor de la vejez y el sexo, pero concluye más allá del goce o la frustración porque desemboca, de manera explícita, en el amor. Allí está lo fascinante porque su contenido lo convierte en un texto radicalmente diferente.

Una característica de Eguchi a su edad es que todavía es capaz de *"sentir goce"*... y francamente debe ser terrible tener la capacidad intacta y no poder ejercerla. El personaje de la novela del Gabo es mucho mayor que Eguchi (90 años vs. 67) y aparentemente, ya sin capacidad de sentir goce, lo cual se puede inferir cuando en un diálogo responde *"...se muy bien lo que puedo y lo que no puedo..."*. En ambos casos el lector común debería quedar impactado por el hecho de que alguien de esa edad aún tenga la obsesión del sexo. Lo cierto del caso es que somos seres del amor y del sexo desde el mismo instante en que salimos del vientre materno y hasta que respiramos por última vez...

Aquí es donde aparece Osho. En su recopilación titulada *"El libro del sexo"* afirma que el sexo no tiene nada que ver con la edad: Uno puede llegar a cumplir 100 años de edad y el sexo seguirá allí presente. Osho dice que envejecer no es lo mismo que crecer y la gran mayoría de los seres humanos envejecen sin crecer. Para Osho, el crecimiento de un ser humano es la llegada consciente al amor. Haber crecido es haber llegado al amor. Que curioso! La estética tradicional japonesa no reconoce ésto. El amor es tan trascendente que resulta inmanejable, inoperante como concepto, y en la práctica los problemas conexos de la vejez (la soledad, la frustración, la pérdida de belleza del cuerpo) se solventan de varias formas, una de las cuales se expresa en el relato de Kawabata. En *"Tantra: energía y éxtasis"*, Osho escribe: *"El auténtico amor no es un preámbulo. Es una fragancia. No sucede antes del sexo, sino después. No es un preludio, sino un epílogo. Si después del acto sexual sientes compasión hacia el otro, entonces el amor puede desarrollarse..."*.

De alguna forma, el personaje de la novela del Gabo, sin tener sexo físico sino más bien mediante una idea o impulso conceptual, ha sentido compasión por la niña de 14 años, abriendo así una magnífica posibilidad en esa tardía edad: La superación del concepto puramente sexual y el nacimiento del amor. Ya lo dice la canción del argentino Fito Páez: *"No se puede -y no se debe- vivir sin amor..."*.

Fundamentalismo

En junio de 2004, terminé de leer *"Al límite de la Fe"*, de V.S. Naipaul, quien fue premio Nóbel en el 2001. Ese libro me llamó la atención porque quería entender un fundamentalismo (el de Chávez) a través de otro fundamentalismo (el islámico) y pensé que Naipaul me ofrecía esa oportunidad.

Necesitaba un enfoque externo y al mismo tiempo aséptico y pensé que alguien a quien se le otorga un premio de esa magnitud y que escribe sobre el fundamentalismo islámico de una manera peculiar, pues tiene que tener en su haber tales dos atributos por mi requeridos. Digo peculiar porque el libro no se elabora con base a la experticia ni a la perspectiva autobiográfica del autor, en función de la cual el mismo autor es quien nos suministraría su opinión a través de la vivencia e interpretación de una realidad, sino que Naipaul -en un viaje de 5 años y a través de 4 países no árabes pero musulmanes- recoge el relato de varias personas quienes son los que cuentan sus propias vivencias y su propia interpretación de la realidad.

En sus orígenes el Islam es una religión árabe y cualquiera no-árabe que sea musulmán es un converso. El Islam no es simplemente una cuestión de conciencia o de creencias pues tiene exigencias imperiales. La visión del mundo converso cambia: Sus lugares sagrados están en tierras árabes; su lengua sagrada es el árabe. También cambia la historia y su idea para el converso quien rechaza la suya y pasa a formar parte de la historia árabe. El converso tiene que desligarse de todo lo suyo, de allí que las sociedades conversas experimenten una tremenda alteración pues su *"desvinculación"* tiene que renovarse una y otra vez. Por eso Naipaul dice que tales sociedades presentan un elemento de neurosis, un trastorno de adaptación de la sociedad a su propia realidad y a su mundo circundante.

Una característica del islamismo similar a la que presenta el chavismo o mejor dicho, el fundamentalismo chavista, es que la propagación de la fe es su objetivo principal y una vez impuesta la fe, la situación de los fieles deja de importar. Otra característica similar es que el Islam exige a las personas que inhiban su alma, supriman su cultura, su pasado, en fin, les hace la vida muy difícil pues los obliga a fingir que son árabes. El fundamentalismo chavista no solo cam-

bia la historia y la reinterpreta posteriormente desde una perspectiva incorrecta y enferma, sino que de una manera fanática, ahoga el intelecto y el libre albedrío del individuo. Utiliza al pobre “a propósito”, lo compra y luego se olvida de él ...

Ahora en febrero de 2006, adquirí el libro de la historiadora Marlis Steinert titulado en castellano “*Hitler y el universo hitleriano*”. Es un libro que data de 1991, sin embargo, la primera edición en castellano data de septiembre de 2004. La autora justifica este nuevo libro sobre Hitler en virtud de la aparición de nueva información sobre el personaje y sus conexos, y porque la obra representa un nuevo enfoque que intenta abordar tal fenómeno desde la perspectiva simultánea de 4 planos: El personal, el político e ideológico, el social y económico, y el moral.

Interpreto que, en cierto sentido, el libro versa sobre la tesis relacionada con un proverbio hindú que ahora no recuerdo donde lo leí: “*Así como es el rey, es el pueblo*”. ¿Y como llega el pueblo a ser así como es? En palabras de la misma Marlis Steinert:

“...¿Es posible descubrir una congruencia o una correspondencia entre la personalidad del Führer, el sistema y la cultura políticos y el estado de la sociedad alemana?, ¿En que medida existe una relación dialéctica entre esos cuatro elementos?...»

Desde luego, mi objetivo -además de hallar semejanzas y diferencias entre Hitler y Chávez, el nacionalsocialismo y el chavismo- es el de encontrar un enfoque (externo y aséptico) que me permita arrojar luz -y organizar mis pensamientos- sobre todo lo que nos está sucediendo como nación desde el año 2000. Para esto Steinert me proporciona un punto de partida cuando afirma que la historia no debe escribirse al revés, es decir, partiendo del año 2000 y de la toma del poder por parte de Chávez, sino, a partir de su nacimiento y, de paso, probablemente sin necesidad de llegar hasta Bolívar.

Escribir

Me suceden dos cosas cuando escribo, aunque el proceso dure 15 minutos: Sufro al empezar. Es muy difícil empezar. Es más, me resulta condenadamente difícil empezar. Pero cuando comienzo a avanzar, el sufrimiento se transfigura y se convierte en placer y las horas transcurren de manera agradable porque la experiencia creadora es, por demás, gratificante y “veo” que la obra se va materializando. En palabras de un premio Nobel, V.S. Naipaul: “*Escribir consiste en una suerte y un mérito al mismo tiempo. Cuando veo por encima de los acontecimientos del momento y advierto sus tendencias, soy afortunado. Cuando tengo una idea que resulta original -a fuerza de romper el cerebro y las manos- soy afortunado y merecedor al mismo tiempo*”.

En una carta a Yasunari Kawabata fechada el 3/ marzo/1946, Yukio Mishima escribe algo relacionado con el arte y la experiencia vivida. En realidad Mishima critica a un escritor por una conclusión que el propio Mishima estima artificial: “*El arte nace de la imitación*”. Para esa fecha Mishima cuenta con 21 años y por supuesto, su crítica viene cargada con un ímpetu y una arrogancia que son característicos de esa edad.

Para Mishima, el proceso de formación del arte (que para mi es equivalente al proceso de “*escribir*”) incluye 2 etapas o fases: En la primera el individuo se inspira. En la segunda tiene entonces lugar la “*fermentación*” transformadora. Sin embargo, la inspiración no se origina de la nada, sino que nace de la experiencia vivida. Se cultiva en el interior de uno producto de un momento histórico y luego se transforma y emerge. La imitación, por el contrario, es historia en exceso. Por ello, sin vivencias, sin experiencia, sin momento histórico o metahistórico, no hay arte: No hay escritura posible. Más adelante, en su misiva a Kawabata, Mishima se refiere al “*ambiente*” dentro del cual transcurre la escritura: Solo escribe de noche, en total silencio... Afirma que cuando comienza a escribir es presa de la angustia y tiene la impresión de hallarse en el vacío, sin apoyo...

Contrastando con lo anterior y casi 60 años después, el 29/Mayo/2005, en un artículo publicado en la prensa nacional titulado “*El momento en que la mano se abre*”, Paulo Coelho afirma, con relación al tiro con arco y flecha, hay dos tipos de tiro. El prime-

ro es el que se hace con precisión pero sin alma, es decir, sin conciencia. En este tipo de tiro, el arquero exhibe un gran dominio de la técnica, pero se concentra exclusivamente en el blanco y por tanto no evoluciona, se hace repetitivo y un día dejará el arco y la flecha. El segundo tipo de tiro es el que se hace con el alma, es decir con conciencia.

Al tener conciencia del esfuerzo empleado en tensar el arco, es decir, al tener la percepción y el reconocimiento de uno mismo con relación al esfuerzo desplegado para conseguir la postura adecuada y elegante, al tener conciencia del esfuerzo para el logro de la respiración correcta y del esfuerzo para mantener la intención clara, entonces está presente el alma. El momento para abrir la mano es la inspiración. Ella llega cuando el arco, el arquero y el blanco se encuentran en el mismo punto físico y temporal del universo (la inspiración es abrir la mano y dejar ir la flecha... Notar que la vivencia es anterior a la inspiración...).

Con la escritura sucede lo mismo que con el arco y la flecha: Es una de las actividades más solitarias del mundo. Uno se mira el alma y observa -de manera consciente- algunas ideas y entre tal percepción y su materialización en el mundo exterior, seguramente habrá un camino accidentado y difícil de recorrer...

RAFAEL GARCÍA-CASANOVA[†]

Licenciado en Psicología por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), Master of Arts en Métodos Cualitativos en Investigación Psicológica por la Duquesne University. Pittsburgh, USA.

Profesor Universitario de Filosofía de la Ciencia y Antropología Filosófica en la Escuela de Psicología de la UCAB (1976-1980). Desde septiembre de 2001, Coordinó la Maestría y Especialización en Recursos Humanos de la Universidad Metropolitana y se desempeñó como Profesor de las asignaturas Diseño Organizacional, Efectividad Organizacional y Gestión de RRHH de la misma.

En el ámbito gerencial, se desempeñó como Presidente del Comité de Recursos Humanos de la Cámara Venezolano-Americana de Comercio e Industria VENAMCHAM (1985-1990) y Presidente del Comité de Recursos Humanos de la Asociación Bancaria de Venezuela (1993-1995). Igualmente, realizó diversas actividades de Consultoría Organizacional con empresas nacionales y multinacionales del sector Industrial y Financiero.

Entre sus publicaciones destacan: *El Trébol y La Matriuska* (2008), *Cómo gerenciar la vida y vivir la gerencia en la organización emergente* y *De la Estrategia a la Acción o como hacer que las cosas pasen*, ambos trabajos editados por la Unimet (2.010).

En esta edición especial de Cuadernos Unimetas, presentamos una pequeña muestra póstuma de sus disquisiciones poéticas sobre dos caras de una misma moneda: la vida y la muerte.

Sonidos en la noche...

1. Me mostró dos cartas la vida y la muerte, para que tomara una... seleccioné las dos
2. Vivo con una mujer morena de mirada pícara que me atiende noche y día... me gusta detrás de mis pupilas
3. En las noches de insomnio escucho la música de las esferas y la bailo
4. La enfermedad es límite... que tu deslindas
5. Vino con el viento , me silbó un mensaje y se fue con el viento de la noche... no quiso respuesta
6. Amante es una palabra que abandoné en una piel del camino
7. En el insomnio encontré la plenitud del vacío
8. La maestría en el bastón consiste en caminar erguido
9. Vine, vi ...y me fui ... no era mi guerra
10. Hay tanta neurona suelta en mi cerebro, que me he dedicado a conectarlas.... A veces numerarlas
11. No cultivé amigos ... los que me quieren me quieren porque sí
12. La noche o mi noche no sabe sumar... sólo resta...
13. ¿Por qué me gusta la toronja sin azúcar a las 4 de la tarde?... Por la misma razón que me gustas tú
14. Toda una vida luchando para mantenerte erguido... viene una vértebra fracturada y te encorva
15. Tengo a mi primer hijo Rafael Alejandro en Panamá haciendo negocios y tengo a mi hija Melisa en Australia viviendo con un escocés... y los dos me cuidan... ¿sorpresa o premio de los dioses? Ya les preguntaré
16. Lo importante no es la muerte o la vida... lo importante es cómo te llevas con ellas.
17. Vivo en un palomar por hospitalidad de las palomas
18. Vino a mi casa un babalao de origen nigeriano a curarme la culebrilla (herpes vortex) Trajo una paloma blanca que paseó por mi cuerpo... luego la soltó por la ventana.... Se había llevado mis males... No regresó
19. Un año de reposo sin dar clase en la universidad...cambié la intemperie por la intimidad. No es fácil...
20. Cada quien fabrica sin querer queriendo su propia enfermedad... nunca tomé un curso d Anatomía Patológica
21. El problema del cupo en la vida se soluciona eliminando el espacio y quedarse con el tiempo
22. He visto tantos médicos... cada uno de ellos ha prolongado mi visa de residencia en la tierra...
23. Leer es un placer... no leer también
24. Cuando el valle truenas es porque el agua regresa por sus fueros



25. Me mandé hacer la carta astral y la revolución solar para mi cumpleaños... solo para saber si el orden es un caos congelado... y la esperanza de descongelarlo
26. Una ahijada me mandó un mensaje de texto para decirme que mi tía se la había curado con vinagre... consulte en google las propiedades del vinagre y me dicen que el mejor es el de manzana
27. La yerba mora es el remedio universal para la culebrilla por estos trópicos... me la he puesto... se trata de un alcaloide... antiinflamatorio... ya les contaré
28. Dormir es un placer... no dormir también.... Lo descubrí en los insomnios
29. Las enfermedades son simbólicas... y la culebrilla es un herpes... tiene que ver con la piel... por eso me gusta la caricia... razón tenía un viejo amigo que decía ... no hay nada más profundo que una enfermedad de la piel
30. Le estoy enviando a Melissa estos 30 sonidos para su noche australiana. Los va a colocar en una cuenta que abrirá en Twiter para mí
31. La vida es sueño,,, si se tiene sueño
32. toma una palanca y moverás el mundo... dame sueños y crearé mundos
33. La noche no vino... mandó a su doble...un día sin sol
34. Amo la noche...la noche no me ama... sólo coquetea con mi sol en el plenilunio
35. Recuerdo a Sartre en su frase *el hombre es una pasión inútil*...tanto agitarse para terminar rascándose....
36. Pitágoras, anoche no escuché la música de las esferas
37. Toda la vida construyendo un castillo de naipes,,, viene un viento malo o travieso y lo desparrama... con estas que me queda construiré El Escorial
38. He acumulado siete mil libros en mi biblioteca... creo que me quedará con uno El Quijote
39. La radio canta una canción con estribillo pegajoso *quien como tú*...sólo los enamorados lo saben
40. Lechuga, tomate, cebolla, aceite de oliva y limón ... Me gustan los sabores cítricos... es la única manera de saborear la vida
41. Montaña nublada, el valle nublado... ¿estoy rodeado de nubes?... o ¿yo rodeo las nubes? La Lluvia lo sabe...
42. Un alumno me envía un email para decirme que se gradúa el jueves próximo y agradecerme lo que aprendió en mis clases contactando lo humano... le respondí agradecido y le dije que todo lo que enseño está en el Quijote... somos mestizo s mitad fantasía y mitad realidad, haciendo el amor u haciendo un plan de mercadeo
43. Soy muy rumbera dice la entrevistada en la radio...rumba, rumba, rumba... me pregunto qué diría yo si me entrevistaran... ciertamente no soy rumbero... sólo señalo rumbos
44. El humano come poca realidad dijo el poeta... necesita la fantasía para salvarse...Sancho Panza necesita a Alonso Quijano... los sueños son el insumo para preñar la realidad
45. *Preñar* es una palabra que me da en la madre... sólo tuve dos hijos ... que me gustan y son mi orgullo... tampoco envidia a los sultanes
46. Miedo, alegría, tristeza y rabia... cuatro modos de insertarse en la vida... la historia de la humanidad es la historia de estos cuatro jinetes... y también mi historia... Ellos son los hilos que las hilanderas griegas utilizan para tejer las vidas...
47. SER en español es el reverso de RES (cosa) en latín... interesante para quien quiera estudiar la reificación o cosificación de la vida o la pérdida del ser
48. ¿QUIEN ES EL? ¿A QUE DEDICA EL TIEMPO LIBRE? Le preguntó el moribundo a la muerte... Me pasó la vida preguntándome ¿QUIEN SOY YO? que no tuve tiempo para otro
49. Estoy leyendo un libro sobre la profecía maya de diciembre del 2012 donde se dará un cambio en la conciencia de la humanidad hacia una conciencia cósmica... todavía no hemos salido del Neolítico.... Hay esperanza
50. Me gustaría dar un curso que tuviera como texto los sonidos de la noche donde cada alumno escoge sus numerales... sería presencial nada de virtual y cibernético.... Los chips relacionan pero no contagian
51. Acabo de leer que la Nasa descubrió un planeta que gira alrededor de dos soles. No sé cómo se las arreglarán. Recuerdo cuando tenía dos novias. ¿Será la legitimización cósmica de la bigamia?'
52. Vi el relámpago pero no escuche el trueno

53. No quiero acumular. No es tiempo de suma. Es tiempo de resta. Irme vaciando hasta llegar a la plenitud del vacío.
54. Ella es una gata arisca
55. 66 años al derecho y al revés. He vivido más que mi padre que murió a los 27 años una mañana de azucenas mientras correteaba alrededor del féretro
56. Mi nieta Sophia con sus tres añitos me baja los libros de la biblioteca, los apilona y se ríe. Es su primer contacto con los libros haciendo honor a su nombre Es su primera lección de que los libros hay que bajarlos...
57. Me crié en un pueblito de los Andes encerrado entre montañas deseoso de conocer lo que había detrás de las montañas... no he terminado aún... abrir puertas ha sido el impulso de mi vida hasta que llegue la última que no apresuro pero tampoco niego...
58. La mujer ha sido un descubrimiento progresivo en mi vida y lo seguirá siendo... Ya no soy aquel pero soy este... y vivo
59. Ella es una pantera parda y asecha en la noche
60. El río sonó pero no trajo piedras las utilizo en la construcción de la catedral gótica de mi alma
61. Sentir, pensar, decidir y actuar son cuatro verbos que atraviesan el corazón del hombre... Todo está ahí.... Al final los dioses te dirán como lo hiciste
62. Las estrellas me dicen que lo mejor está por venir. Yo les digo que solo se tres cosas: moriré algún día, sigo estando vivo y no se pierdan el final... lo que haré entre esos dos puntos. No me repetiré
63. Todo cambia menos el cambio... al final uno termina conociéndolo un poco
64. El Oráculo Chino del I Ching o el libro de los cambios tiene 64 hexagramas... Los sonidos de la noche en esta entrega son 64... Los sonidos pasan y la noche queda

HENRIQUE MEIER ECHEVERRÍA

Abogado (UCV 1969), Especialista en Derecho Administrativo (Universidad de París II, 1971), Magíster en Gerencia Pública (Instituto Internacional de Administración Pública (París, 1973).

Por más de veintisiete años, se ha dedicado a la docencia a niveles de pregrado y postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello (1973-1999), Central de Venezuela (1994-98), Santa María (1984-89), Rómulo Gallegos (1993-94), y José María Vargas (1990-93), en distintas disciplinas jurídicas.

En el ámbito de la Gerencia Pública, formó parte del equipo fundador del Ministerio del Ambiente y de los Recursos naturales Renovables (1977) y ejerció los siguientes cargos: Consultor Jurídico de la Comisión Para el Plan Nacional de Aprovechamiento de los Recursos Hidráulicos (COPLANARH. Ministerio de Obras Públicas. 1974-76), del Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (1979-84) y de la Presidencia de la República (1995-96). Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Legislación Codificación y Jurisprudencia del Ministerio de Justicia (1977-79). Ministro de Justicia (1996-97).

Autor de más de ochenta títulos jurídicos: manuales, monografías, ensayos, artículos en revistas especializadas en diversos temas: Introducción al Derecho, Instituciones Políticas, Derecho Constitucional, Derecho Administrativo, Derecho Procedimental Administrativo y Derecho Ambiental; y coautor de varios proyectos de ley sancionados como leyes de la República en la temática del ambiente y de la ordenación del territorio, entre las que destacan la Ley Orgánica del Ambiente (1976), la Ley Orgánica Para la Ordenación del Territorio (1983) y la Ley Penal del Ambiente (1992).

Desde el 2000, ha desempeñado multitud de funciones gerenciales y docentes en la Universidad Metropolitana. Coordinador del Postgrado en Derecho Corporativo y de la Maestría en Gerencia Tributaria de la Empresa; Director del Área de Estudios Jurídicos y Políticos del Decanato de Estudios de Postgrado, Director fundador de la Escuela de Derecho y Director-fundador de la revista de Derecho Corporativo. Profesor de las siguientes materias: Derecho Ambiental en el Postgrado en Derecho Corporativo y en la Escuela de Derecho; Marco Legal de la Empresa en la Maestría en Administración de Empresa; Principios de Derecho Constitucional en la Escuela de Estudios Liberales; Introducción al Derecho en la Escuela de Derecho; Introducción al Derecho (para no abogados) en la Maestría en Gerencia Tributaria de la Empresa; Marco Legal de la Administración Pública en la Especialización en Gerencia Pública; y Teoría General del Derecho en la Escuela de Derecho.

En el ámbito poético ha publicado las siguientes obras: Primavera Envejecida (1978), Viaje Hacia las Sombras (1983), Callada Lujuria (1998), Desesperado de Infinito (1998.), Embriagado de Misterio (2000), Horas Clandestinas (2001), Detrás del Mar (2004).

Forma parte del Círculo Metropolitano de Poesía junto a los poetas Basílides, Joaquín Marta Sosa, José Pulido y Enrique Vilorio. Como parte de este grupo, una selección de su poesía figura en el poemario colectivo publicado por el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, Epsilon Libros y Pavilo (Caracas-Salamanca. 2005). Además, formó parte del Consejo de Redacción de la Revista de poesía "Circunvalación del Sur" (11 números) que publicara dicho Círculo durante varios años.

En esta edición especial de Cuadernos Unimetanos, exhibimos una pequeña pero sustancial muestra de su dilatada obra poética.

Amor en lúgubres tiempos

A Mary

Nos amamos
En medio de este caos
Cuando todo se derrumba y los poderosos
Pisotean la dignidad humana

Nos amamos
En medio de esta desolación
Cuando el vuelo de los pájaros ya no asombra
Y los niños son privados de la magia

Nos amamos
En medio de esta desesperanza
Cuando la mentira implanta sus banderas
Y el odio cautiva muchedumbres

Nos amamos
En medio de esta catástrofe
Cuando las sombras surgen a plena luz del día
Y un viento de hierro azota la ciudad

Nos amamos
En medio de tanta hipocresía y cinismo
Cuando el amor ha sido expulsado de los corazones
Y el frío vacío de la soledad reina entre los hombres.

Poetas

*A José López Rueda
Maestro de la efímera palabra*

Frágiles
Precarios seres
Reunidos alrededor
De la efímera palabra

Portadores de lacerantes tristezas
Incapaces de alzar banderas
Ni siquiera los deshilachados
Hilos de alguna cósmica alegría

Militantes de la duda
Habitantes del dolor
Nos refugiamos en
Estos versos repetitivos
Para testimoniar
¡Nada!
Apenas una infinita
.....perplejidad

El pájaro altivo de la poesía

Al pájaro altivo de la poesía
Creí tenerlo cautivo en mi corazón

Pero una noche
Quizás cansado de tanta pesadumbre
Huyó de mi insoportable y crónica tristeza

Lo llamo
Le imploro regrese

En sueños vislumbro su altísimo y solitario vuelo

Poesía
Pájaro altivo
Tráeme de vuelta
El hálito mágico de la palabra

¿Dónde estás poesía?

*A Adela de López
Quien conoce los dolores cósmicos de un poeta.*

Te busco
Exploro dentro
Trato de asirte en los sueños
Bebo hasta el aturdimiento
Quizás para abrir una puerta
Que me conduzca a tu sabia palabra

Y tropiezo con estos árboles secos
Esta región árida del alma
Como si los pozos del misterio
Se hubieran secado

No vislumbro la ráfaga que en el
Pasado conmovía hasta mis cimientos
Cuando altiva llegabas en el corcel
De la iluminación

¡Tú poesía!

Que tantas veces me salvaste
Palabra milagrosa
Dame una señal
No me dejes naufragar en el mar del infortunio.

Extravío

Hay días para la
Poesía
-nada más-
Todos los deberes sucumben
Cuando la vida te enceguece con su esplendor
O la muerte roza tu nuca

Entonces
Las pocas certezas
Que te unen al mundo
Se derrumban

La poesía es
Mirar las cosas
Por primera vez
Volver al origen
Salirse del camino
Extraviarse
Confundirse
En el caos
Sentir el dolor cósmico de
La identidad perdida.

Fragilidad

La vida
Pájaro indefenso
De quebradizas alas

Nube
Niebla que disipa el viento

¿De donde viene tanta arrogancia?

Dueños del aire
De estos recuerdos vaporosos
Imágenes flotando en el vacío

¿Y esos afanes?

Somos dibujos en la arena
Que las olas borran
Un aleteo de mariposas

N

A

D

A

La hora del leopardo

Sé
Que en el África
El sol ardiente
Al declinar el día
Como el Rey Midas
Convierte en oro
Las praderas donde temerosos antílopes
Corren al acecho del leopardo

Aquí también
El atardecer es una alquimia de colores
Y el Ávila se transforma
En un gigantesco animal dorado
De lomos de nácar

Y vuelvo una vez más
A orar en silencio a la Diosa de la tarde
Balbuceando estas precarias palabras
Incapaces de contener tanta belleza.

Ignorante transeúnte

A Carlos Lee

Me conmueve la belleza
De la vida
La indiferencia del mundo
La crueldad de los poderosos
Esta historia de matanzas
Ríos
Océanos
De sangre

Me sé aquí de paso
Ignorante transeúnte
Condenado a nada entender

Me limito a este corazón que suspira
De alegría
Que cae en la más profunda
Desolación

Esta pérdida constante
Esta pérdida....

Corazón inoportuno

Corazón inoportuno
Que lates a prisa
Me sofocas
Caballo desbocado
Me quitas el aliento
Como si quisieras salir
De este viejo cuerpo
Como si quisieras correr
Tras el azar y la aventura

Corazón que te niegas
A la evidencia
Vives aquí en mi costado izquierdo
En esta caparazón
De gastados huesos.

Contra viento y marea

A Mary

Este amor nada fácil
Ave fénix naciendo de las cenizas
De otros amores
Truncados por el infortunio
Y la muerte

Este amor prodigioso
Renovado en cada encuentro
Desafía rutinas y costumbres

Este amor de pasión desenfrenada
Fusión de cuerpos y búsqueda de almas

Barca
Que
Navega
Contra
Viento
Y
Marea...

Sólo aspiro al ejercicio de amarte...

A Mary

Dormir contigo
Abrazados
Nuestros
Cuerpos desnudos
Piel con piel
Boca con boca
Corazones desbocados

Sólo aspiro al ejercicio de amarte...

Amanecer contigo
Abrazados
Oyendo los primeros
Cantos de pájaros madrugadores
El murmullo del viento
El caer de la hojas
Mientras el día se desliza suavemente
Sin apuro
Sin angustias
Sin temores

Sólo aspiro al ejercicio de amarte...

Caminar contigo
Calles de antiguas ciudades
Beber el vino del amor
En tabernas de viejos puertos
Esperar el atardecer tomados de la mano
Frente al mar
En silencio
Viendo caer el sol sobre las azules aguas
Y la fiesta de colores del ocaso

Sólo aspiro al ejercicio de amarte...

María Cristina me gobierna Y no me importa lo que diga La gente...

A Mary en su día

Abeja
Mariposa
Luciérnaga
Disipas con tu luz
Las sombras de
Mi vida

Pajarita
De Doradas alas
Te remontas bien alto
En los límpidos dominios
Del creador del universo

Sabes
Aquí
En el centro
De mi ser
Tienes un nido

No temas
No hay rejas
Ni puertas

Te tengo
Te amo
Te gozo
Pero
No soy tu dueño

Vas y vienes
Con tu ligera
Libertad

Disfruto
Tus aires
De princesa bíblica
Le cantas a tu Dios
Al dulce Jesús que regresó
De la muerte

Mientras
Mi sangrado
Corazón
Llora con el agonizante
Que está en
La cruz

Reinas
Entre tus plantas
Y mis angustias
Llenándome de paz
Y alegría

Yo como un viejo rey
Me deleito con tus bailes
Y coqueteos

Cortesana
De este reino de dos
Sin ejércitos
Ni guerras

Hemos decretado
El amor
Como única ley
Y la cama
Nuestro palacio de gobierno...

Besos al final del camino

*¿Quién sabe que ocurrirá con esos recuerdos?
de los que trato de escapar... y no he podido.*

Me parece que estoy escaso de alguien,
pero no se de quién.
Tal vez sea de ella.

Tengo un amigo que se llama Gonzalo Fraguí.
Él es poeta...
y desde hace meses sabe que me muero por ella.
Pero me ha dicho que no voy a morir.
"No morirás", me dijo:
"mientras sigas recordando el negro de sus ojos
[clavados en los tuyos".

No le había prestado atención,
de hecho, muy poco lo hacía...
pero ahora le entiendo cuando aparecen recuerdos
en los que brotaban los besos al final de un camino
en la Fiesta de San Isidro.

Una vereda verde, justa para perderse,
para enamorarse, para comprometerse.
Ninguno de los dos la conocíamos
pero algo nos insistía desde adentro
y empezamos a caminar.

Creo que todo terminó ese día
muriendo en tus labios, quedando sin sombras.
Sólo tu aroma... se quedó conmigo... y todavía
[desespera mis recuerdos

La muerte me envidia,
creo yo.
Porque según mi amigo, la muerte nunca
[se ha enamorado y sus recuerdos son vacíos
Su beso es demasiado frío y a pocos
[le interesa su compañía.

Hoy...
me siento entonces inmortal.
Pero como todo inmortal, a veces me siento solo...
Hoy, de ella nada más me quedan los recuerdos.
Los recuerdos y muchas dudas.
Muchos versos regados en un cuaderno,
que como dice Gonzalo:
"les hace falta un tren"

JUAN GUILLERMO QUINTERO SUTIL

Nace en Mérida el 10 de Enero del 1.974. Licenciado en Administración de Empresas (ULA), Magister en Administración de Empresas. Mención: Gerencia de Finanzas (UNIMET).

Desde hace ya varios años, es profesor de Pregrado y Postgrado (UNIMET, sedes Caracas y Puerto La Cruz) y profesor de Postgrado en la Universidad de Oriente (Barcelona, Venezuela).

Socio de la empresa Q. S. I. Motor Group, C. A., dedicada a la importación de maquinaria de termofusión y montacargas industriales.

Hoy, el profesor cuya área laboral transcurre en el mundo financiero y empresarial, nos sorprende con su sensibilidad y su lenguaje poético...

Duerme tranquila, Linda Princesita

A Daniela Cristina

No he encontrado
algo más sublime en mi vida que verte dormir
[llegando la mañana,
soñando en rosado con seres pequeños,
naranjas, galletas y mil caramelos.

Vas dibujando las más tiernas sonrisas
y tu nariz baila desmesurada en tu cara
acariciando poco a poco tu pequeña almohada
y tu manta llena de ángeles cosiendo estrellas.

Cuando llego a tu casa y me dicen que duermes
lo sé desde antes porque oigo el silencio
entonces decido continuar de puntillas
pidiéndole a la luz del sol tirano
que nos permita unos minutos más de cielo.

Vuelas hacia tierras que te encuentran con vaquitas
con patos y cerdos a los que ya no les temes
con días cargados de tus abuelitas
dudando todavía cual abuelito es el San Nicolás
[verdadero.

Todavía de puntillas, llego hasta el marco de tu puerta
y allí me detengo para que ni siquiera el aire te levante
y la luz del sol que ya no puedo detener con mis dedos
me siguen retando y me dicen que quieren despertarte.

Muy despacito llego a la cabecera de tu cama
y allí están escondidas casi todas mis sonrisas.
Ellas descansan debajo de tu almohada,
Al lado de la muñeca que cuidó tu sueño esa noche.

Descubro y a veces cuento cada uno de tus suspiros
sintiéndote a ti, toda llena de confianza
los que te amamos cuidaremos siempre tus sueños
a cambio del placer de verte dormir a tus anchas.

Nada malo va a pasar esta noche linda princesa,
cuando decidas de nuevo dormir profundo.
Yo sacaré las vaquitas de su granero
y hablaré con los pajaritos más coloridos
le pediré a las flores que se levanten más temprano
y que te dejen a tu despertar una sonrisa de cielo.

Y si algún día no estás cerca de mí
o si mis pasos se vuelvan torpes con el tiempo,
te dejaré dormir un ratito más tarde
mientras de esa manera yo también te sueño.

Ayer pensaba que no todas las historias tenían
[que ver contigo!
Y no es que quiera olvidarte, nada más lejano a eso.
Simplemente me di cuenta de algo extraño
aún tratando de olvidarte, te paseas por mis recuerdos.

Estoy con papá, mi hermano y un amigo carpintero
en un local de toda la vida...
en el que las mesas están iluminadas por un trío
[de orquídeas pequeñas
de un rojo precioso que me recordó una vez que vi
[tus labios de fiesta.

Imagínate el aire con notas de azafrán y orégano.
Ambiente a media luz y botella de whisky servida.
En un rato: una paella o un asopado de mariscos
[aderezados con tabla flamenco
que te llevarían a cruzar el mar en un suspiro.

Me conozco! Y me conozco en gran parte por ti.
Aquí llegaron los mariachis y nos cambiamos
[al trago regional:
Aguardiente Reposado Colombiano.
Escribirte en estos días... Se convirtió en el mejor
[de mis vicios.

Y se me fue la noche.
Del mariachi sólo canté tres canciones. Una por cada
[año que no te vi.
Y después pensé en todos los que no fuiste mi delirio
Y me quedé callado porque a lo mejor todavía
[estaría cantando.

Afuera hay una neblina que aunque no cubre
[tu recuerdo
lo hace mas indescriptible y extrañable.
Mejor trato de no recordarte más por hoy!
Así te quedarás paseando en mi mente.
Que sueñes contigo misma!
Espero haberte arrancado por lo menos
un puñado de sonrisas que hayas arrojado al viento
Yo trataré de buscarlas al salir de aquí.

La nueva ruta al árbol grande ya lleva tu nombre.

En la segunda iglesia hay un Cristo moreno
que aferrado a su cruz, dicen que cumple milagros
se debate entre cirios encendidos,
claveles y rosas que se cambian a diario.

Todavía la iglesia mira hacia la plaza y caminando
[por ella
imagino que alguna vez lleno sus naves de mujeres
[con mantillas,
el olor a pólvora e incienso quemado de tantos años
no se escapa todavía de las paredes y los bancos
[de madera.

Anoche fue la fiesta del Toro Candela
y hoy es la Quema de Pólvora en Seboruco.
Hasta aquí llegué con la mirada igual de cansada
de tanto verde que te llena los ojos de cansancio feliz.

Estoy más lejos de ti que en mis últimas cartas
pero al igual te aparecistes en mis recuerdos
sin que yo entienda si estoy en los tuyos
ahora apuesto a arrojar mis cartas en los ríos
[de provincias.

Después de la fiesta amanece aquí en la frontera
y si te acuestas temprano te levantas a esta hora.
A lo lejos, en la montaña del frente hay una
[fila de peones
enfilando una línea de bestias hacia los ordeños.

Un fondo de montaña fresca te descansa la vida.
No te quise despertar todavía porque aquí no se ve
[el cielo completo,
pero sientes el país con un respiro infinito
que se impidió ser descrito con estas pobres
[palabras.

Estoy en el estado Táchira,
aquí el país nace y se da la vuelta en cada amanecer
y lo común se ha hecho que tus recuerdos
[revoloteen por mi mente
cuando viajo algunos días o por segundos.

05-01-2008

El amor de la piedra y el río

Has visto nubes que parecieran estar caminando
[entre las montañas?
Es la neblina que va pasando por el Páramo
y de vez en cuando
te da de regalo pequeñas vistas de frailejones
[floreados de amarillo.

Aquí sólo se oye el río,
que con sólo escucharlo sabes de sobra
que lleva en sus adentros frío de vidrio.

No hay más nada que hacer sino sentarse
[a contemplar,
no hay más nada que decir
porque pareciera que el río es el único
que puede hablar en esta inmensidad.

El va abrazando la piedra que va encontrando
y le va prometiendo que no le volverá a tocar.
Las aguas de hoy no serán las mismas de mañana,
así que la promesa en parte queda cumplida.

La piedra nunca se queja.
Hace rato que ya está enamorada de ese infiel
que la acaricia y luego la abandona
para volver a aparecer de nuevo con otro nombre.

Si todo él le faltase algún día,
ella también se iría secando,
se llenaría de tiempo y terminaría
cediendo sus fuerzas blancas y grises al viento
[y a la tierra.

Estos dos, río y piedra,
se entienden desde hace muchos años.
Muchas noches de frío han pasado juntos
[acariciándose
y todavía les faltan muchos más días envueltos
[en neblinas y vistas de frailejones.

23-02-2008

12 y 23

Poema a dos manos con Samantha

Trata de despertar amor mío
de esa soledad eterna que te emborracha,
sentada de frente a tus labios vacíos
no quiero que amanezca sin que por lo menos
[me evadas.

La noche avanza de a poco
y estoy aquí parada a tu lado.
A veces me escondo a mitad de pasillo
y sigo imbécilmente ignorada.

Abrazas a otra mientras yo te miro
y entonces envidio esa caricia mucho más
y por dentro lloro tranquila en vacío
esperando a ver si algún día ese abrazo para mí
[llegará.

Y de repente ya no le juego más a tus detalles
[eternos
porque a veces se me disfrazan de loco desprecio,
mis ojos tristes siguen gritando mi idilio
con la esperanza de que algún día tu corazón
[se dé cuenta de esto.

Y te me vas así, como termina la noche,
como agua tranquila que sólo corre entre mis dedos.
Yo que te amo tanto y tú que no terminas
[de entender,
como te extraño y que eres mi cielo.

HÉCTOR VERA

Nace en Caracas en 1961. Es Licenciado Docente en Matemáticas, Licenciado Docente en Física y Especialista en Informática Educativa por la Universidad Simón Bolívar. Desde 1989 se desempeña como profesor en nuestra Casa de Estudios, adscrito al Departamento de Matemáticas.

Su inclinación por las letras, lo ha llevado a participar en varios talleres de lecto-escritura: Taller de Lectura de Poesía a cargo de la poeta Gabriela Kizer (2005 a 2006); Taller de Poesía Imago Mundi a cargo de la poeta Mharía Vázquez Benarroch (2007); y el Taller de poesía El Ojo Errante a cargo de la poeta Edda Armas (desde 2007 hasta el presente).

Entre sus obras literarias encontramos: coautor de la antología poética El Ojo Errante (2009), publicada por el Taller Editorial El pez soluble; Plaquette Vangelo (2011) publicada por el Taller Editorial El pez soluble.

Como muestra de su obra, hoy nos deleita con su prosa poética...

El agrimensor dicta medidas, centros. Danza en el sur la espiral del horizonte [*not in the north*]. La palma en la extremidad es un muelle donde atraca la fauna, un desierto donde el Nazca construye su arca para salvar la especie.

Tras el diluvio arena, el tatuaje del colibrí. La llanura desértica es el patio del místico de la estría, la araña y el mono le entregan su silueta al dibujante. El lagarto observa desde la colina, la petición del trazo al dios de las aguas. Pitágoras cede la cuerda y la armonía, a él debemos las octavas. En la tierra rojiza, la raya habla lo primigenio, silba en Do. Las mil rectas violáceas del anochecer, secas y eternas, hacen trapecio y triángulo.

Saludable, una línea crece en la mano como rastro intoxicante. Atraída por signos camina. La muerte le abre su boca. Puedo verle en la grieta vasta, pez de palabra desbordada. Ahoga. Sobre la geométrica arruga de red, trabado el geoglifo, el cuello zigzagueante del pájaro. En el asombro de Pedro, el conquistador, el rostro del astronauta hacia la nada o a los meandros que recuerdan lo extinto. Amorosa, María [Reiche, no virgen] se agacha, toma el testigo del enigma, nace por segunda vez y recibe el bautizo del polvo; en vano borra la huella que Caín repite.

Sobre la abertura el sudor, donde a veces, insurgente, un poema saturado de espacio pulsátil mira, y dicta el tono donde cavaremos el refugio de escampar, la rasgadura en que crecemos: fiera sacrificial.

El Saturno se eyecta. En las entrañas *Apolo* y la especie. Pudo ser Alejandro sobre la crin de acero, empujado otra vez del aliento fuego de *Bucéfalo*. Él lo soñó todo. *Amstrong* apenas su lugarteniente. Él le prestó la huella. Por eso la caminata de *Humbolt* y *Aimé* buscando el *Valle de Taurus Littrow*.

O pudo ser, leyendo la espalda de la noche con su compás, el almirante mercader. Aún la carabela apunta la cara en asombro de *Galileo*, su moscardón de proa, sobre la *Mar de la Tranquilidad*. Pero le faltan quinientos para clavar sobre la roca de las metáforas, la esvástica, sus 50 estrellas, el estandarte de la religión.

¿Pretendieron acaso un encuentro de incautos lunáticos con quienes intercambiar espejos, algún ejemplar de *The Moonstone*, y jugar luego al juego de los Arios?

Compasiva, *Ix U* emerge de los *Códices* calcinados por el *Fray*, la punta con que escribe *Aldrin* suelta la amarra y ella escupe desde *Copán* un hervor de maíz que llamará ignición.

Rodrigo grita desde el carajo: Caracas. Diego desenvaina. También Fajardo. Motores pájaros, tu aliento Santiago. Ayer procesión, novenario, la fiesta del nuevo santo. Al pelotón San Jacinto, el ajusticiado. Dobles de campanas. La cabeza como trofeo en el Calvario. Hoy la corneta, el chillido del frenazo. Una voz que choca suplica hierro y asfalto. En Santa Mónica el vientre de mi madre escucha un bombazo. En parpadeo el semáforo. Adentro todos. En el cóctel, esmog y verde. Pegados a la pared vientre: *Ávila* dijo la Santa. Juan Antonio creyó ser dueño del Waraira. Guaicaipuro gritó Repano. ¿Por qué protegiste al conquistador de la flecha envenenada de Maracapaná? Santiago Apóstol genocida de La Nación de los Caracas. Tu bautizo a bala. Las plagas como en Egipto venganza. Contra la Primera, San Mauricio. Desde su ermita la orden: *Langostas a otra tierra*, Ramsés aguarda. No hubo judíos que liberar para salvarla, no hubo éxodo. Sólo *mano de obra holgazana*, indios infectos y la *Sublimis Dei* en la valla, alegando humanidad. La Tercera y la Segunda en yunta: sacudimiento y llagas. Día de San Bernabé. Cada mal un divino protector. En combo: escapulario, dagas. Es tu historia Santiago. ¿Cómo decir Caracas sin evocarte? ¿Cómo nombrar el rugido del león petrificado sin garra? El de 1641. El de 1786. Mil ochocientas doce cruces Santiago. Cada tanto Amías Preston incendia y asalta. El virtuoso incompetente revocado. La Cuarta con saña. A cabildo las tarjetas con los cien nombres santos. Desde Capadocia el dedo enchumbado en la indeleble, muestra al soldado romano. *Por ley de ayuntamiento San Jorge: exorcizador de gusanos*. A correr a Quinta Crespo. A comprar la Bula Papal para el descanso y la stampa del dragón con el guerrero santo. Cuántas veces te oí decir papá: *la muerte llega*. Hoy esparcí tus cenizas a la cicatriz del Guaire. Sobre la línea cloacal, que todo atraviesa, guacharacas y loros en bandada, desde Ávila vienen a beber mierda. De la esquina de *Las Ánimas*, entre escombros

[escrupuloso blanco], baja en triciclo un chichero desde antaño. El comercial de detergentes lo filma. A nuestros vasos espolvorea canela y clavos. *Con leche condensada para la Merced* [especial para la santa del Cacao]. A su lado un cacique escupe plumas del penacho. Los provincianos se declaran vasallos. *A la muy noble y leal ciudad, sello de armas, Felipe II lo ha otorgado. Ave María Santísima.* Desde la Ceiba, San Francisco reza el sermón de los regaños. En cada locación la jauría santa, mira con desprecio la corte de los milagros. Motores pájaros, amanece Santiago. Los jazmines se anuncian: Blandín, Sojo, Mohedano. La primera cafetera como balancín, vacía negro líquido al campo de Chacao. La armónica sopla. El hacedor de estrellas ora un credo. Nazoa despierta. En la fila Diego, su amellada espuela busca un filo: Santiago de León. Caracas, la historia del doblegador es mentira. No fue Losada. No fue Fajardo. Antes de 1567 te fundó una lanza.

Redimirnos caminando al costado del asfalto la dermis del otro. Recordar la fatalidad de la diáspora. Suplicar perdón por el pecado acometido una y otra vez, tras el primer flash. *La ciudad será quemada después del festín de las ratas.* Sólo quien escuchó el anuncio publicitario pudo salvaguardarse. Él dibujó su trama, el carácter del personaje divino, los cómics. El vencedor y su máscara, atrapado en el complot de la sílaba desde la butaca balbucea *action*. Los mortales amén. Ruegan porque acabe el sitio de Troya. Que el desnudo tendón siga intacto. Piden al oráculo que el rayo fulmine en el vientre de Olimpia el yelmo de Alejandro [aun al coste de la biblioteca]. Ordenan a Cleopatra se reivindique y tome la cicuta de Sócrates. *Ésta la cultura, su flama.* Piratas monjes virreyes, los comensales insaciables que se beben el discovery, ebrios, políglotas. No engendrados, inseminados con pólvora, los bastardos intuyen el momento en que el pirotécnico de la Gran Muralla descubre la mezcla y les da nacimiento [tal vez en miércoles de ceniza]. Los arcos destilan cuerpos cobrizos como flechas. Al centro las pústulas los credos. Aún el mastín aúlla al crujido de la cervical. La cabeza enjaulada en la plaza mayor da la orden y la del rey vuelve a rodar sobre los derechos del hombre. De la fila de negreros los residentes de las sentinas saltan a la mar: *enfermos ignorantes feos.* Los sobrevivientes de la cloaca esclavos. Cada tribu un temblor de madera y cuero que susurra un duelo al camposanto. En el teclado el do sostenido de la no-verdad. El asesinato de los Wright no detendría el vómito de estrellas, alguien reinventaría el aparato fumigador. Por eso se repite el guión, la plática mal oliente del Sr. Historia. Cada lunes a las 8:15 Little Boy cava su huerto y siembra hongos eléctricos al torso del bonsái. Del círculo rojo, rojo menstruación llovizna. Oblicuo, el ojo prepara su lengua to *speak english*. Cada tanto tuerce los brazos y esvástica, se ofrece para crucificar al *führer*. El de Nazaret lo espera en otra, para

repetir en el ocaso la comedia dialogante del Monte Sacro. Y sin embargo los numerados como recórd. La mano atrapada en el pincel abre la ducha de gas para lavarles la religión. Facturados de la historia los gitanos gritan: *ustedes no son los únicos*. Exterminados pero invictos paseantes de la fetidez del misterio nos abalanzamos desobedientes de regreso al umbral y le prometemos salvar el quinto mandamiento por una vez. La cisterna arroja su chorro de arena desconcertante a nuestra persistencia. Acordamos abrogar las lenguas bajo un conjuro del Codex Gigas. Mientras Mata Hari lanza besos al pelotón y por momentos, dejamos que nos hipnotice el bastón de Chaplin, para reír por siempre. Pero el foco de luces a la máscara. Por tradición oral la salpicadura. Homero no cesa de cantar: *créeme, no son volcanes, son guerras, la franja donde late el hombre*.

Ese acierto o fracaso lleva rostro. Inexorable vigila. He querido torcer el modo de mirarme. No reconocer el incoloro semblante sobre el arco que sostienes.

Sin dudarte me repites. La misma incertidumbre contigo.

En la cara primigenia aquella perplejidad subrayada sobre la noche que nos escupe y desde el perfil un mandato: no ser capaz de leer en los ojos próximos.

Amarillenta, la hoja recuenta el defecto que somos. Frágiles nos confirma. Inútilmente evado la piedra que tropezaste. Imploro mutar.

Anónimo y de guardia signas el vacío. Nuevamente tu *cornio da la orden de cómo errar*.

Instruccions. No infrinja las reglas. Actúe según se espera. Adecúese. Tipo 1 ó 2, lea. Si transgrede será marcado. Sea dócil, humilde. El sentido común es su mayor aliado. Obedezca los cánones, para eso fueron confeccionados. *Cá-no-nes* busque en el *DRAE*. La soberbia es la fatalidad del hombre.

Hay reglas. Recuerde al señor de la tabla. Al viejo de ojos verdes con los números del i al x, diciendo que había escrito el dictado de un tal dios. Memorícelos. Son artículos de primera necesidad. Mandatas, mandados [y mandamientos los llamaron]. Cástrese si aún siente una erección al ver a la mujer de su próximo con toda la desnudez que le dio el fulano. Pecador obseso confíesese y asuma el arrepentimiento.

Usted es un diente. El engranaje al que pertenece demanda obediencia. Puede que atasque la máquina, lubríquese. Se cambia la pieza. Se bota. Se elimina. ¿Cuántas veces habrá de repetírsele que se debe?

Rutinícese. Haga lo que se espera, recompensado será con las esferas de *Alighieri* [cantado está en su *Comedia*]. O con asonantes dólares del oeste [*made in off course*].

El cauce. Sígalo. El río de las costumbres. Báñese. Desinféctese de las ideas originales. Ignore. Deseche todo cuanto lo haga diferente. Y si no entiende, resetéese.

Cinco. La erupción de la chicharra recuerda que estás vivo, pero el párpado descubre oscuridad. Así retumba el refugio bajo el ala metálica y llora radiactivo el samurái. No lo has vivido, la historia te lo ha revelado. Para no repetirla. Para repetirla.

La cortina del ojo resiste. ¿Cinco? Quizás todavía duerma.

Cuatro. A veces cinco es cuatro, como cuando un dedo es cortado a fuego enemigo y te señala la vertiente de ocaso y caos, el rincón donde escondes culpas. También un cinco se te hace cuatro, si miras la medianoche desde la aguja torcida que cuenta el tiempo, su aplastante cuenta regresiva. Entonces retrocedes en otro intento. Cuatro, para que el sueño extienda la huida.

Tres. Puede que sea la cuenta de algo. El número telefónico que equivocó Adán en el Paraíso. Sus coordenadas en el infierno o las tuyas. Tu precio a punto de colapso. La deuda intransferible pagadera con insomnio por el inútil Uno creador de todo.

Cuando llegues al Dos habremos muerto.

Llega el día escogido para el sacrificio del bonzo en Xa Loi. En la pagoda el silencio. El monje vietnamita viste la toga amarilla, acata. Repasa la superficie esférica depilada a navaja. Hace la reverencia final en el pórtico. No parpadea. El séquito lo conduce en un *Austin* celeste 1963, hacia la intersección en la principal de Saigón. Cerca, la embajada de Camboya.

En el epicentro, toma la postura sagrada del loto sobre un almohadón, en vía pública. A su orden, un iniciado saca de la cajuela el bidón de combustible, le lava el cuerpo en gasolina. Él, pronuncia la ofrenda en tono reverencial: *al buda, por la igualdad religiosa*; y se prende el fósforo.

La llama lo abraza frenéticamente, le embiste, lo rodea. Las lenguas amarillas cabriocean enfurecidas la danza del abismo y le comen el cuerpo, el aliento tizne. No parpadea. No rompe la postura sacra. No hace queja ni gesto de dolor. *Thich Quang Duc* en la budeidad.

A la distancia del diafragma y del lado acá, The Beatles cantan *all you need is love* y *Malcolm Browne* dispara la fotografía a la posteridad.

Antes de enfrentarla entra al trance. Entonces acomete. Ataca el papel. Todo tú contra el lienzo. Que ambas manos lo castiguen sin misericordia. Ese desierto resiste. Corta los nudos de la pared. Libera el vacío. El cartón espera tu caló: háblale al tejido, murmúrale sueños. Al momento del ritual, *que no te molesten o pierdes el tacto*. A cada instante nace una palabra. Tatúatela antes de escribirla. Descomponla como un juguete. Traza el color puro de cada vocal. Siente el aceitoso pegoste de las sílabas. Pronuncia sus partes. Aprésala primero con la lengua. Déjala fluir a tus vísceras. De tus entrañas a tus dedos. De tu boca al lápiz. Al surco.

Descansa la vista de la luz terrible de la verdad: cállala. Desnúdate, sólo así podrás reescribirte. Mira la realidad sin calcarla. Golpéala con verbos poderosos. Al vacío muérdelo. Del silencio desconfía. Teclea con rabia suficiente, con ternura. Descálzate. Busca supersticiones en el áspero canto de la tierra. Describe el acto donde la virgen fornicia y concibe a Jesús. En la luz hay un sonido que nombrar. Haz del diccionario un altar y transgrédelo. Quema en luna llena alguna de sus hojas. Mutílalo, que desaparezcan los vocablos y muera la lengua.

Tras la palmera, el secreto resplandor del poema. Rézale a la brisa. Lloro como niño a cada verso. Ciega por un instante a Érebo. Que la gruesa pincelada del piélago lo encierre en el Tártaro. Córtale el halo nocturno y ordénalo todo. Húndete en sus vetas. Que un significado te arroje. Y sólo entonces, alucinado, mírala al rostro e incrépala. Que te sea mortificante no escribirla.

Al leerlo, tu autorretrato hace mueca de ti y pregunta. Todo encriptamiento es superfluo. Nunca olvides el rostro secreto de ella, llámese Carmen Zocca o Dolores Travieso. Nómbrala cada vez que quieras reconocerte. Sílbale al ombligo, tu padre está oculto en su vientre.

Espera el momento en que Venus aparece por la tarde y anótalo todo, el intento vendrá cuando no escribas. Agárralo en medio del tumulto. Toma la garganta del signo. Vuelve al poema que te escribe. Vuelve desde siempre. Repite sus maromas como un primate. *A la cosa hay que conocerla para pintarla.* Úntate de ella, dila en voz alta. Que el verso salga de los pulmones. Que cada acento rompa el vértigo del viento. Que llegue atosigante de sonido a tu oído. Que cada letra busque su acomodo en la línea. La palabra mueve los sentidos, déjala salir de los labios estremecida. Escúchala lamer tu pecho. Ábrete a su ritmo y garabatéala.

No copies de nadie. Escucha el susurro de Velázquez: *pinta y no borres*, Transcribe los acentos infantiles de la voz de Margarita de Austria. En el museo del Prado nieva, Las Meninas son de trapo, y toman un baño de trópico en el playón del Castillete. Acuéstate en la laja Ruso, sueña tu barco-museo: pinceladas a la mar. Francisco de Goya capitán. No vuelvas a morir.

El silencio impera. Inventa un artefacto y defiéndete. La cortina de cañamazo espera para que traces en ella las coordenadas, no tardes ese verso.

Sal de ahí Armando. Ese reflejo no es tu alma. Hazle caso a la Juana y apaga el farol. Tras tu enramada, luz.

Es la hora del canto de las cigarras en el caney de las muñecas. Hay que perdonar sus pecados Margot. En procesión: *los Cocoteros en la playa*. En *El rancho*, una *Maja acostada*. El *Paisaje con uveros*, del *Calvario*, con *locomotora*. El *Desnudo con frutas y flores al Patio del sanatorio*. Y Alicia. *La hamaca*, con *Juanita en rosa*. Y Niza. *Dos majas desnudas*. Todas te siguen Armando. Todo el color. Se le ve el rojo a tu Paisaje blanco, se le ve el azul y el verde. He seguido tu luz y por eso huyo de los metales. *La poesía tiene las llaves*.

Préstame la faja para separarme en dos y atrapar la decoloración de una palabra. Dame una cápsula de esquizofrenia.

Sé que escuchas. No entiendo el silencio en *Las Clavellinas*. Ahora hablas. Un dictado arrítmico de voz metálica. Alguien recibe tu carta pero ya es tarde. Repito escrupulosamente tus gestos, como una foto. Nos reescribimos entonces sin ortografías. Tener tu nombre no es suficiente. A veces hay números impares. A veces nada, como si nunca. A veces creo haber llegado, no nacido. A veces extraño tu aliento borracho. Tu mano callosa arrepentida. Aún el reloj pide que le de cuerda, para nombrarte. Aún la máscara ensangrentada de Tamanaco. Tu dedo busca un colmillo de perro en el barro. Todavía arrastra el buril una lágrima. Todavía por escapar del madero. Quise custodiarte hasta el pórtico. Un azar distrajo estos pasos. Sé que me protegías del Cerbero. Por eso la soledad en el tránsito. Contuviste sin embargo, en el borde los presagios y la espuma. Sé que pensamos: *misericordia*. Sé que no la esperaste por inútil. El alambre de púas ya no duele. Sé que fue duro ese ahogo. Sé que fue rojo y quemaste.

La bicicleta

JOSÉ FIDEL PRIETO ZAYAS

Nace el 19 de octubre de 1934 en Trinidad, Cuba.
Vive su juventud en la localidad de Sancti Spiritus, Cuba.
Perseguido por la dictadura de Fulgencio Batista sale de Cuba exiliado a Ecuador.

En 1957 el gobierno de Wolfgang Larrazabal le da asilo en Venezuela.

En 1958, al triunfar la revolución Castrista, regresa a Cuba y trabaja con el gobierno revolucionario hasta que se da cuenta del cambio a ideas comunistas.

Se casa en 1961 y vuelve a Venezuela para establecerse definitivamente.

Trabaja durante 11 años en Procter & Gamble de Venezuela y posteriormente como gerente general en una empresa textilera.

Hace 34 años compra una finca en el estado Guárico y desde entonces se dedica a realizar un desarrollo Eco Recreacional dándole valor al conservacionismo en el llano venezolano.

Tiene tres hijas y siete nietos venezolanos.

José Prieto es nuestro invitado especial en esta edición de Cuadernos Unimetanos. A continuación, una pequeña muestra de su obra narrativa.

Con un fuerte y prolongado “¡Sooooo!” la voz de mi padre irrumpió en el silencio de la noche, haciendo que se detuvieran los dos mansos animales, que a duras penas desde el amanecer, habían estado tirando de la pesada carreta con todos nosotros dentro: mi mamá, mis cinco hermanos, además de algunos muebles para la nueva casa y provisiones alimenticias que los abuelos nos habían obsequiado. Fueron muchos los meses, quizá los años, que habíamos pasado viviendo con los abuelitos en su finca El Naranjo. La pobreza, como oscuro manto de la noche que todo lo cubre, nos había cobijado tristemente, pero cuando la angustia de mis padres estaba al máximo de la desesperación, llegaron los abuelos, los papás de mi mamá y nos llevaron con ellos hasta que pasara la tormenta. Ahora a mi papá se le había presentado la oportunidad de desarrollar una empresa en el cultivo de la caña de azúcar, además de otros tipos de negocios, pero siempre vinculados a la caña.

Habíamos iniciado el viaje con los primeros claros del día, y después de tanto carretear por caminos polvorientos, al fin, entrada la noche estábamos en lo que sería a partir de ese instante nuestro hogar, al encuentro con un mundo que crearía en nosotros nuevas vivencias que irían sustituyendo con el tiempo, los bellos recuerdos que pasamos con los abuelos y los mimos de tantos tíos y tías. En realidad la distancia entre ambas fincas no era muy grande, pero como el transporte usado por mi papá era muy lento -una destartalada carreta arrastrada por dos ancianitos bueyes- fue necesario todo un día con parte de la noche para hacer el recorrido. Dentro de esa sombra impenetrable que suele proyectar la noche cuando la luna acobardada no se deja ver, Casalgaba, nuestra casa, el inmenso caserón de mediados del siglo XIX, emergía delante de nuestros desorbitados ojos como un gigantesco monstruo de los cuentos que nos leía por las noches nuestra tía Calla, donde la malvada bruja de la escoba voladora, única moradora en él,

convertía en ranas a las muchachas más bonitas y en sapos de enormes verrugas a los muchachos parecidos a mí, según repetía la tía Calla con enfática voz grave. Agotados y casi caminando dormidos, apenas se abrió el portón de la casa, caímos como pesadas piedras sobre las colchonetas que mi papá se apresuró a colocar en las habitaciones. No puedo recordar cuánto tiempo duró la noche, pero de lo que sí estoy completamente seguro, es que fue una de las noches más inolvidables de mi vida.

A medida que me iba quedando en la inconsciencia del sueño, empecé a caminar por un inmenso potrero, donde había un solo color, un verde esmeralda intenso que resplandecía con tanta intensidad por la luz solar, que me obligaba a frotarme los ojos a cada momento. Durante un tiempo estuve caminando sin rumbo fijo, tratando de llegar a algún lugar, a pesar de no haber caminos que me indicaran por dónde seguir. A medida que el tiempo transcurría, y sin saber a donde iba, empecé a tener miedo. De pronto, detrás de mí sentí voces que me llamaban. Volviéndome rápidamente traté de ver quién mencionaba mi nombre, sin embargo nadie estaba a mis espaldas. Por unos momentos pensé que las voces habían salido de mi imaginación. Hice un esfuerzo para que el miedo no me invadiera y respiré profundo, porque mi mamá nos había dicho con frecuencia que cuando una persona se asusta, o antes de discutir con otra, la mejor medicina para resolver las cosas sin inconvenientes era respirar profundamente. Pasaron algunos minutos que para mí fueron horas interminables, y cuando empezaba a sentir confianza, otra vez las voces surgieron, ahora de todas partes. Asustado corrí hacia los lugares desde donde creía escucharlas. Grité fuertemente para que los que me llamaban salieran del escondite. Las voces callaron y entonces hubo un silencio absoluto, en que solamente se podía sentir mi respiración. Una sola voz fue entrando a mis oídos con la misma suave sonoridad con que solíamos escuchar los cuentos de nuestra abuelita, diciéndome:

“No temas, no tengas miedo, estoy aquí para ayudarte a realizar el sueño de tu vida, lo que tú siempre has deseado.”

La voz calló y yo, sin esperar que volviera a hablar, grité a todo pulmón:

“¡Quiero una bicicleta!”

Un relámpago de dimensiones colosales estremeció todo el potrero. Explosiones de luces cegaron mi vista, y ante mí aparecieron cientos de bicicletas, miles de bicicletas de todos los colores: rojas, amarillas, azules, moradas y hasta de colores que yo jamás había visto en mi vida. Nuevamente la voz resonó:

“¡Bueno, ahí tienes las bicicletas para que escojas la que más te guste!”.

Sin poder comprender lo que estaba sucediendo, me sentía calmado y convencido de que al fin se había realizado el sueño de mi vida: tener una bicicleta, esa bici que tantas veces le había pedido a mi papá que me la comprara, y que yo le insistía que no tenía que ser una bicicleta tan grande, ni tan bonita como la que tenía mi primo Pablito, dos años mayor que yo. Por cierto que este primo Pablito me caía gordo, tan gordo como su gordura que hacía que tuviera que empatar dos correas para poder sujetarse los pantalones. Siempre se la daba de sabiondo por el solo hecho de que vivía en la ciudad, además de que yo no soportaba su risa burlesca cada vez que me ganaba mi bolsa de metras. Yo lo detestaba y estaba seguro de que nunca sería mi amigo. Cada vez que yo le insistía a mi papá sobre la bici, él me pasaba la mano por la cabeza y me decía que algún día me la compraría, que posiblemente el siguiente año después de la cosecha. Y así fueron pasando las cosechas y los años y mi bici no llegaba.

Ante mi indecisión y asombro, la voz volvió a repetir:

“¿Qué te pasa? ¿Quieres la bici o no?”

Saliendo de mi estupor, corrí loco de alegría sin poder creer que al fin tendría la bici, mi bici, el anhelo de toda mi existencia. Allí estaba frente a mí la bici que sería mía, la dorada, de grandes manubrios, corrí, llegué a ella, extendí las manos para agarrarla y cuando casi la sentía, nuevamente la voz a mis espaldas me dijo:

“Esa no, la otra.”

Volví a correr a la otra de color azul intenso y al llegar a ella, la voz insistió:

“Esa tampoco, es aquella, la que está bañada de luces de colores, la más bella de todas las que están aquí, porque es la que tú te mereces por haber estudiado tanto, por haber hecho diariamente las tareas del colegio al llegar a la casa”.

Mis manos apretaron con intensidad los manubrios de la bici de mis sueños, ahí estaba, al fin ya mi

primo Pablito no se reiría más de mí por el solo hecho de que yo no tuviera una bicicleta como él la tenía, y la mía sin duda alguna era mucho más bella que la de él. Por un momento pensé que cuando el viniera a la finca el próximo domingo, como nos había prometido para conocer donde viviríamos, me burlaría de él, bueno eso de burlarme tenía que hacerlo con mucho cuidado, porque si mi mamá se enteraba sin duda alguna recibiría un fuerte castigo, porque ella siempre nos advertía que nadie tenía derecho de mofarse de nadie.

Sin esperar más con un gran salto me monté en la bici, y pedaleando fuertemente recorría velozmente el extenso potrero. Sentía en mi cara como el viento chocaba en mi rostro haciéndome cerrar los ojos, y al abrirlos temiendo una caída, ¡Oh sorpresa! había pedaleado tan fuerte que a mi bici, de ambos lados de la rueda delantera, le habían emergido dos grandes alas doradas, que al batirlas, nos elevábamos a las alturas, donde las nubes tendían entre ellas puentes nebulosos y sin poderla frenar, ella seguía rodando de nube en nube para que yo disfrutara de la serenidad que me daba la visión infinita que teníamos del más allá, dentro de la profundidad del espacio. De pronto, en el momento que yo empezaba a sentir la tranquilidad que me infundía la paz del lugar, ensordecedoras algarabías irrumpieron detrás de mí. Asombrado del espectáculo que abarcaba toda el área recorrida por mí, veía como cientos de bicicletas, las mismas que ratos antes habían quedado en la pradera, me seguían en veloz carrera tratando de darme alcance, siendo la gritería creada por las voces de los gnomos invisibles que las montaban. Frente a nosotros, una colosal nube de siete colores, nos interrumpía la veloz bicicletada obligándonos detenernos frente a ella. Fuertes chirridos de oxidadas bisagras se hicieron sentir, mientras las dos hojas de un ancho portón se abrían. Por senderos tapizados con pétalos de flores, avanzamos sin cambiar de rumbo ante las desviaciones que en tramos se cruzaban, hasta llegar a un luminoso letrero de siete colores que decía:

“Fin del sendero.”

Ahora la gigantesca nube se estremecía, creando frente a mis desorbitados ojos, la visibilidad en su espacio central, de la estructura colosal de una edificación, donde con letras de considerables dimensiones, anunciaba: “FABRICA DE ARCO IRIS”, y en el

mismo centro del edificio, se elevaba la altísima chimenea por donde continuamente salían Arco Iris, llevando cada uno pegada una etiqueta con la dirección de los lugares donde debían aparecer, después de haber dejado caer el agua que contenían los globos de siete colores, fijados al Arco Iris con alfileres.

Grandes sudores empaparon toda mi ropa, cuando el canto del gallo que estaba durmiendo en la mata de ateje frente a la casa, me despertó con las luces del nuevo día. Poco a poco fui normalizando mis actividades al nuevo lugar, aunque en mi mente se enredaban recuerdos y cosas que a veces no podía definir si correspondían a mi vida en Algaba, o a la estadía con los abuelos. El tiempo empezaba a transcurrir, y sin darme cuenta, las cosas que me rodeaban iban siendo muy similares a la de la finca de los abuelitos. Casalgaba, nuestra nueva casa era tan grande, que durante los años transcurridos desde su construcción, había sido objeto de múltiples modificaciones y usos. Los primeros propietarios, los que la construyeron, la usaban como la casa de la gran hacienda de cultivos, pero ellos, sus dueños, no vivían aquí sino en la capital. Ellos venían en tiempos de cosecha, cuando se cortaba la caña, y también en el verano, durante las vacaciones escolares cuando llegaban acompañados de parientes y amigos. Pasaron los años, y sin más ni más dejaron de venir.

Al cabo de un tiempo, llegaron otras personas que hablaban distinto a nosotros; decían cosas que era muy difícil entender, pero todo el mundo trataba a cada uno de Mister. Esos Mister decidieron convertir la casa, por ser tan grande y sus paredes tan altas, en un depósito de azúcar. Entonces la llenaron con sacos de yute, todos embarrigados de azúcar hasta el tope. Fue necesario hacerle a la casa dos inmensos portones: uno que daba al norte, y el otro al sur. Por esas dos gigantescas heridas entraban y salían centenares de carretones, tirado por cuanto animal de cuatro patas existiese y que tuviera alguna fuerza de tracción: caballos, sin tomar en cuenta que fuesen jóvenes o ya ancianitos, boyadas de todas las tonalidades y tamaños, sin faltar las legendarias manadas de los burrillos. Todos fueron transformados en manijas locomotoras de carga. Así que, entre el griterío de los conductores de estas caravanas de carretas, los relinchos, mugidos y rebuznos, iban dejando en el vientre de lo que había sido una casa solariega de

hacienda, miles de esos sacos de yute, llenos del azucarado grano. Allí quedaban hasta el día en que los Misters volvían por ellos y se los llevaban para su país.

Siguieron pasando los años. También estos que no hablaban como nosotros, se fueron. Las carretas con sus mansos animales dejaron de estiercolizar pisos y paredes. Cerraron con maderos los dos grandes portones: el del norte y el del sur. Lavaron las paredes con lejía, teniendo que subirse en fuertes andamios y escaleras para poder llegar a las partes altas, donde el techo se apoyaba. Por último, hicieron divisiones, paredes que señalaban dónde estaba ahora la cocina, la sala, el baño y los cuartos. Pero las nuevas paredes no llegaban hasta el techo, porque era demasiado alto. Y esto hacía que desde el mes de diciembre hasta febrero o marzo, la fuerte brisa acompañada de un frío, que siempre encontraba un rincón por donde colarse, se paseara sobre todas las paredes y bajara hasta nosotros, obligándonos a unos acurrucamientos que al levantarnos al día siguiente, teníamos que hacer veinte maromas para desencogernos.

Los días fueron pasando. El canto del gallo ya no nos despertaba en las mañanas, a pesar de que en cada amanecer lo hacía con más entusiasmo y hermosas tonalidades. La actividad de mi padre en la siembra de los campos de caña, hacía que apenas tuviera tiempo para estar en la casa. En oportunidades y ante mi insistencia, él aceptaba que yo lo acompañara, aunque le oía decir a mi mamá que yo le quitaba tiempo. Nunca he olvidado cuando mi mamá le respondía a mi papá que era ahora, a mi corta edad, cuando el hijo debía estar acompañado de su padre, que cuando los hijos empezaban a espigar, a crecer, era el momento para asomarlos a la vida, para que comprendieran lo que era la obligación del trabajo cuando se es adulto, y la del estudio cuando se es niño, que los hábitos y buenas costumbres había que sembrarlos en los muchachos antes que estos crecieran, porque después sería demasiado tarde, y esa era la importancia de que los hijos se desarrollaran en contacto con sus padres, de manera que se les transmitiese, con el ejemplo y proceder, un modo de vida sano y de bienestar familiar. Por último mi mamá sentenciaba:

“Si los padres no enseñan a sus hijos a jugar con ellos, a pasar ratos de esparcimiento juntos, al final, cuando los hijos se hayan convertido en adultos, no sentirán la necesidad de compartir el tiempo

de ocio con sus padres por la sencilla razón de que no se les enseñó desde pequeños. He ahí la causa de la soledad y abandono en que viven muchos padres en su vejez.”

Con estas reflexiones mi padre hacía grandes esfuerzos para que sus obligaciones no lo absorbieran totalmente, y encontraba tiempo para que yo compartiera sus recuerdos de aquella niñez que él había tenido, muy sólo desde pequeño, a la muerte de sus padres, y sin tener familiares a quienes acudir. Siempre me prometía que cuando yo creciera un poco más, y pudiera comprender con mayor claridad, él me hablaría de esos tiempos, del padre de él, mi abuelo, y de las manos tibias con que su mamá lo abrigaba en las noches frías, en un lugar del mundo que no conocía ni sabía dónde se encontraba.

En ocasiones, cuando la intimidad con mi papá se hacía más sentida, yo le hablaba de mi sueño, de la bici que había visto en la primera noche de nuestra llegada a Casalgaba, de su color radiante, de la sonoridad del timbre, de los profundos deseos que yo tenía de que se hiciese realidad mi sueño de tener una bici, aunque fuese pequeña, de acuerdo con mi edad.

Y el tiempo seguía pasando tan calmado como la corriente del manso arroyuelo que corría por la finca del abuelo, y que ya empezaba a quedarse difuso en mis recuerdos.

En un extremo de la casa, y bajando unos escalones, estaban las instalaciones del comercio de víveres que mi papá tenía, para atender las necesidades de los trabajadores y familiares que vivían en la finca. Al principio, en los primeros días de nuestra llegada, no me gustaba bajar a la bodega porque los estantes estaban vacíos, y no había caramelos ni dulces, pero al pasar el tiempo empezaron a llegar viajeros y caramelos y dulces. Entonces sí me gustaba venir a ayudar a los empleados de mi papá, abrir cajas, colocar latas en los estantes, y como era lógico, metía en los bolsillos de mis pantalones cortos los caramelos que consideraba como pago por el trabajo realizado. En ocasiones los bolsillos estaban tan abultados, que mi papá al verlos decía que mi trabajo le salía muy caro.

Una tarde, después de hacer la tarea que nuestra maestra Suncita nos ponía cada día, me dirigí como de costumbre a ayudar en la bodega. Al comenzar a bajar los escalones percibí que en el lado izquierdo había una puerta que permanecía cerrada siempre,

pero que en ese momento se encontraba abierta. Mi curiosidad fue mayor al posible miedo que empezaba a tener, y sin titubear la crucé. La oscuridad existente me impedía de momento ver lo que había, sin embargo, poco a poco cuando mis ojos se adaptaron a la penumbra, descubrí que el lugar no era más que el almacén donde se guardaban los productos con los cuales surtían la bodega: Arrumas de sacos, pilas de cajas, pipotes con líquidos y tantas otras cosas que no eran de mi interés. Cuando me disponía a salir del lugar, que en realidad no me gustaba para nada, me llamó la atención la existencia de un sobrepiso a un extremo de la habitación, y que se extendía como cielo raso sobre todo el comercio de mi papá. Emocionado por el descubrimiento y lleno de interrogantes, subí por las arrumas de sacos hasta poner los pies en lo que para mí no era más que una buhardilla, según las comiquitas que yo leía los domingos, cuando llegaban con el periódico que recibía mi papá.

Tuve que esperar un rato hasta que mi vista se adaptara nuevamente a la semioscuridad del lugar. Mientras poco a poco empezaba a ver cosas, mi imaginación empezó a funcionar a millón. Pensé que posiblemente podía encontrar un tesoro que alguien hubiese escondido y luego olvidado. Moví bultos, cajas llenas de papeles, todo inmerso en toneladas de polvo acumulado por los años, me fui abriendo espacio dentro de tanto desorden. El polvo, la tierra cubría mi ropa, no había un pedazo de mi cuerpo que no estuviera saturado de suciedad, pero seguía buscando el posible tesoro olvidado, y movía cajas, palos y cuanta cosa se interponía entre mi tesoro oculto y yo. Prácticamente ya había casi recorrido todo el espacio, cuando de pronto me quedé paralizado conteniendo la respiración por la emoción... Ante mis ojos, el sueño de toda mi vida, lo que había visto en manos de otros: ¡UNA BICICLETA!

Desde que sabía lo que era una bicicleta, la había añorado desmesuradamente, había rogado, suplicado a mis padres por una, pero ellos nunca podían comprármela, se la pedí infinidad de veces al niño Jesús, a los Reyes Magos, pero ellos siempre me dejaban debajo de la cama un bate, un guante y una pelota, nunca la bicicleta. Lo primero que vi fue una rueda, pero... ¿ y la otra ? Bueno, en realidad lo que había encontrado era la parte de una bicicleta. Tomé la rueda unida al manubrio, y pensé lo chévere que hubiera

sido si hubiese estado completa. Seguramente su dueño la había guardado aquí para... sí, para arreglarla. Eso era, ya estaba yo seguro, ahora lo único que tenía que hacer era mover todos los cajones y maderos hasta hallar lo que faltaba de ella: las otras partes.

De repente ante mis ojos mi mamá, brava, con mirada severa y expresión desconcertada, no atinando qué decir o hacer al verme cubierto de tierra de cabeza a los pies, con la camisa hecha jirones, los pantalones a punto de mostrar mis virtudes, pero en mi cara el júbilo del triunfo, y en cada mano enarbolaba las pruebas: ¡AQUÍ MAMÁ, AL FIN, MI BICICLETA!

A partir de ese día mi vida se convirtió en un ir y venir. Tenía la rueda delantera de una bicicleta con sus manubrios, tenía el aro de metal de la rueda trasera, pero sin la goma maciza que tenía la rueda delantera, tenía los pedales unidos a esta rueda, pero me faltaba la cadena y el asiento. Después de estudiar profundamente la situación, llegué a una conclusión: que efectivamente le faltaban algunas cosas, pero era mi bicicleta, ya la tenía, y aunque era imposible montarme en ella por las condiciones en que se encontraba, sin embargo eso no tenía ninguna importancia, porque yo la arreglaría, le pondría la goma a la rueda trasera, le fabricaría una cadena, no sabía cómo, pero estaba seguro de que lo haría. Ya mi mamá me lo había dicho muchas veces:

“Que uno no se podía rendir en el primer intento, que las cosas que uno se proponía hacer, las lograba si era constante. Y para ello había que repetirse uno mentalmente: yo puedo, yo puedo, yo lo haré, venceré.”

Así que sin duda alguna le haría la cadena, le colocaría un asiento, que tampoco tenía, pero al igual que con la cadena, daba por sentado que al final mi bici sería la más bella de las bicis de la región. Deja que el pesado de mi primo Pablito la vea, se morirá de la envidia. Ya no tendrá que pegarme en la mano como hizo aquella vez cuando trajo su bici de la ciudad, y yo traté de hacerle una caricia, de pasarle la mano, y me lanzó un manotazo que si no ando rápido, me deja los dedos de la mano soldados al metal de la bici. Y nada más que la tenga lista, esperaré el domingo cuando él venga a pasar el día con tío Pablo, y todo el mundo se reúna bajo la gran arboleda que esta en frente de la casa para hablar de cosas que los muchachos no entendemos, pero no impor-

ta, entonces me lanzaré a toda velocidad dejándolos pasmados. Entonces mi primo Pablito rabiará al saber que ya tengo mi bici. ¡Qué sorpresa se va a llevar! Tendrá que masticar poco a poco todas las cosas que me ha dicho: que yo era muy niño para montar bicicleta, pero que él sí podía porque ya era grande, y los mayores sí podían montar bicicletas.

Dejé de seguir pensando en mi primo, y me puse en acción. Lo primero era buscar un lugar adecuado para establecer el taller de reparaciones. Analicé los distintos sitios posibles. ¿Debajo de la mata de ateje? ¡No! Estaría al lado del camino que pasa frente a nuestra casa, y por consiguiente habría demasiados muchachos entrometidos manoseando mi bici. ¡No!, este lugar no era bueno. ¿En la cocina de la casa donde había suficiente espacio para trabajar a mis anchas? El lugar era ideal pero, ¿qué diría Justa la cocinera de la casa?, si ella se pasaba el día refunfuñando porque le ensuciábamos el piso, que se lo mojábamos cada vez que sacábamos agua de la tinaja y al echarla al vaso se desparramaba, y yo se lo decía a mi mamá, que no era por mi culpa, sino que para sacar el agua de la tinaja ella había puesto un jarro con picos alrededor del borde superior, evitando que tomáramos el agua directamente de la misma vasija con que la sacábamos de la tinaja. Estaba seguro: Justa no me permitiría que armara mi taller en sus predios. Por un momento pensé en el lugar donde la había encontrado, pero era imposible, la oscuridad me impediría trabajar y además el polvo era terrible. Yo no quería más regaños de mi mamá. Al final tomé una decisión que fue la definitiva: armaría el taller en un rincón del gran patio central de la casa, por donde en el pasado habían transitado los animales halando las pesadas carretas cargadas con sacos llenos de azúcar.

Trasladé con esmerado cuidado mi bici, bueno las partes de mi bici, hacia lo que sería durante muchos días el centro logístico de mi creación. Ahora necesitaba las herramientas. Corriendo llegué a la bodega de mi padre, y a uno de los empleados le pedí prestado un alicate, con la promesa de que se lo devolvería al terminar la reconstrucción de mi obra. Regresando de la bodega y pasando por la cocina, en un descuido de Justa, tomé uno de los cuchillos que tenía para picar los alimentos. Estaba seguro de que si se lo pedía me lo negaría y como había otros, quizás no se daría cuenta.

Regresé a mi taller e hice un análisis del trabajo que había de realizar. ¿Por dónde empezar? Tenía la bici, mejor dicho, las dos partes de una bici, ahora tenía que unir las para que en realidad fuese mi bicicleta. Tomé la sección delantera, la que estaba conformada por la rueda con los manubrios, y acercándola a la otra parte, la trasera, estudié cómo empatar ambas. Sin mucho esfuerzo logré meter el tubo que bajaba de los manubrios dentro del tubo que subía y venía de la parte posterior de la bici. Lograda esta unión, me encontré con un problema imprevisto, y era que el tubo se hundía mucho dentro del otro tubo y también se salía. Buscando la solución, observé que ambos tubos tenían un orificio que coincidían. Sin pensarlo dos veces me levanté, salí corriendo a toda velocidad, pasé por la cocina donde por poco lanzo al piso a Justa al tropezarla, seguí en mi veloz carrera pasando por el comedor, el corredor que daba frente a las habitaciones de la casa, y casi rodando por los escalones, llegué a la bodega y a los cajones que contenían los clavos. Con un clavo en mis manos y para que la idea no se me fuera de la mente, volé de regreso. El clavo bailaba en el hueco, no me había dado cuenta cuando lo tomé, de que era muy delgado.

Nuevamente hice el mismo recorrido, pero ahora había sido más precavido, porque llevaba en mis manos un palito con el grosor del hueco. Tomé el nuevo clavo y regresé a mi bici. ¡Perfecto! Éste sí era el pasador adecuado. Con el alicate y haciendo presión, doble la parte del clavo que sobresalía al pasarlo por el orificio de los dos tubos, uno dentro del otro. ¡Primer éxito! Mi bici ya tenía las dos partes unidas; ahora sólo me faltaban el asiento, la cadena y la rueda de goma. En cuclillas sobre el piso me puse a meditar. Cuando más concentrado estaba en el paso a seguir, oí las voces de mi mamá llamando a todos para el baño obligatorio de cada tarde, antes de la cena.

Esa noche después de cenar, me acerqué a mi papá que estaba sentado en su gran sillón de roble, leyendo el periódico del día anterior. A pesar de lo lejos que se encontraba la capital, mi papá estaba suscrito a un periódico que llegaba por ferrocarril todos los días, en el atardecer, a un pequeño poblado próximo a nosotros. Al siguiente día, Fragonal, un trabajador de mi papá, montado en su caballo Pando (se llamaba Pando por la joroba hundida tan grande que tenía en el lomo, que cuando alguien lo monta-

ba, la impresión que daba era que el jinete emergía de dentro del caballo), le traía el periódico alrededor del medio día, junto con el resto de los encargos que se le hacían. En más de una ocasión mi papá, al leer el periódico, repetía que en cualquier mes se sacaría la casa que el periódico sorteaba entre sus suscriptores. Le expuse a mi papá el problema que tenía con mi bici: que me faltaba un asiento, una cadena y una rueda de goma para cubrir el aro metálico de la rueda trasera. Tratando de no perder el hilo de su lectura, me hizo un planteamiento que jamás he olvidado, y que además contribuyó a que yo encontrara la solución al problema que se me planteaba:

“Hijo, en la vida es necesario usar la lógica para encontrar los caminos que nos conduzcan al éxito. Vivimos en el campo, mira a tu alrededor, piensa en lo que está a tu alcance, que tu mente desarrolle la creatividad, y si le das a este problema tuyo el tiempo que requiera, al final encontrarás cómo obtener la rueda, la cadena y el asiento.”

Esta vez el gallo no tenía que cantar en el amanecer para despertarme, porque al oírlo, ya hacía rato que yo estaba en pie y con la idea de la solución para terminar mi bici. Tan pronto Justa nos dio el desayuno, y con el cuchillo nuevamente hurtado, salí de la casa resuelto a buscar las tres cosas que me faltaban. Pasó toda la mañana y cuando se escuchaba la llamada para el almuerzo, ya yo regresaba con lo que sería el asiento de mi bici, y pensaba que también con la cadena. Un trozo de madero cortado de la mata de ateje frente a la casa, lo convertí en el asiento. Lo único que tuve que hacer fue una perforación del grueso del tubo donde normalmente va fijado el asiento. Había resuelto el primero de los tres problemas. Ya podía sentarme en mi bici. Almorcé apurado y regañado por mi mamá. Mi bici lucía el bello asiento, cuyo color amarillento propio de la madera, lo hacía resaltar más. Segundo paso la cadena. Aquí me enfrasqué durante horas con dos bejuco que había cortado de la enredadera que mi mamá, con mucho orgullo y satisfacción, había sembrado a un costado de la casa. Con la ayuda de un delgado alambre fui haciendo amarres distanciados unos de otros, según los espacios dentados que tenía la rueda de los pedales. Mi fracaso fue total, no por el modo como lo hice, sino por el modo de empatar las dos

puntas de la cadena, digo del bejuco. En toda la tarde no logré avanzar nada. Durante la cena de esa noche pensé que si planteaba el problema entre todos los presentes, encontraría la solución. Mi mamá sentenció que la mesa era para comer, y no para discutir problemas del día.

Los días se sucedieron sin poder avanzar con la cadena. Hubo días que ni siquiera me acerqué al taller. Llegó diciembre, y en la bodega había un ajetrete de trabajadores con tanto movimiento, que me llamó la atención. Estaban preparando el avío para las yuntas de bueyes con las cuales halarían las carretas durante la cosecha. Y allí, con mis propios ojos, estaba viendo con lo qué haría la rueda que le faltaba a mi bici. ¿Cómo era posible que en tanto tiempo como había pasado, no se me hubiese ocurrido que un trozo del rollo de mecate de sisal, que estaba frente a mis narices sin inmutarse, podía convertirlo en la goma maciza de la rueda trasera? De inmediato corté un pedazo tan largo como me fue posible, para evitar tener que volver por otro si me era insuficiente. Con nuevos bríos y arrodillado frente a mi bici, fui dándole vuelta a la rueda con el mecate pegado a ella. Seguidamente con el alicate lo prensé bien fuerte, y lo até con el alambre. En menos de lo que dura un estornudo, había terminado de hacer la rueda. La miré, me monté en ella y si bien no tenía cadenas para pedalear, avancé impulsándome con los pies. Grité de alegría para que todos se enteraran, ¡La tengo, la tengo!, corrí con ella llevándola de la mano por los manubrios. Todo el mundo corrió ante mis gritos: mi mamá asustada salió a mi encuentro, mi papá a grandes zancadas subió los escalones que van hacia la bodega, creyendo una desgracia y los trabajadores asomados, cabeza con cabeza, se reían desmesuradamente mostrando los pedazos de muelas que aún les habían quedado por efecto de las caries.

Salí a la arboleda frente a la casa con mi bici, llevándola orgulloso de la mano. Ya yo tenía una bicicleta. Seguía caminando erguido, con la mirada fija hacia delante, hacia el éxito. De las casas salían las personas para verme; los niños corrían a manosear mi bicicleta, y me decían que me subiera, pero yo no les hacía caso. Seguía caminando, me iba lejos donde ellos no me vieran, porque yo no sabía montar en bicicleta, y ésta era mi primera bici.

El aprender no me fue difícil. Ese mismo día ya yo sabía andar en ella sin caerme. Y la cadena que no tenía, tampoco era problema. Les dije a todos los que siempre me seguían en procesión, que los famosos ciclistas corrían en pistas especiales, y que yo por lo tanto, también tenía la mía y era en una colina por donde me dejaba rodar sin necesidad de usar los pedales ni la cadena. Yo ya era un as del volante..... No de los pedales, porque no tenía cadenas para pedalear, pero así y todo me consideraba el ciclista número uno de toda la región. A pesar de las continuas reparaciones que tenía que hacer a la rueda trasera, cada vez que bajaba la colina, mi bici me respondía con cariño. Me compenetré con ella de tal manera, que en más de una ocasión, cuando rodaba cuesta abajo, le sentía un quejido y para evitarle un posible daño, me dejaba caer a pesar de sufrir fuertes contusiones en mi cuerpo.

Mi papá como de costumbre después de la cena, seguía leyendo el periódico con las noticias atrasadas. Mi mamá nos tenía absortos con el relato de cuando su abuelito la tenía estudiando en un colegio muy lindo de monjas francesas en la capital. Una noche, de pronto mi papá exclamó: "¡Gané! ¡Gané!" Todos lo miramos sorprendidos. Mi mamá le preguntó: "¿La casa?" "¡No! ¡Una bicicleta!", contestó.

Al día siguiente llegó un telegrama confirmando el sorteo y la llegada de la bicicleta. Mi papá envió a un empleado con una carreta a buscarla, a la estación del ferrocarril en el pequeño pueblo donde se detenía, cercano a la finca. Al cabo de un tiempo que para mí era interminable, al fin regresó el empleado, y sobre la carreta un inmenso cajón que contenía la bicicleta. El empleado bajó el cajón con gran esfuerzo por lo que pesaba. Delante de mí, ¡al fin!, una verdadera bici, de color rojo púrpura, con timbre y asiento de verdad. Ya no me molestaría en el fondillo el trozo de madera de la mía. ¡Qué cadena! ¡Para poder darles bien rápido a los pedales! ¡Y qué ruedas! ¡Con aire, y no macizas, como las de mi otra bici! ¿Mi otra bici? Salí corriendo, entré a la casa, la tomé y salí con ella de la mano. A toda carrera me fui a lo más alto de la colina, desde donde tantas veces me había dejado rodar, y dándole un fuerte impulso la lancé colina abajo gritándole:

¡Anda, sé libre! ¡El mundo es tuyo, ya no tendrás que sufrir tanto con mi peso, ya tengo otra bici!

La vi alejarse serena, tomando velocidad a medida que descendía por la pendiente, como si fuera a iniciar el vuelo, y de pronto una gran piedra la frenó en seco por un momento, luego, fragmentada en mil pedazos, se regaron por toda la superficie.

Regresé a la casa en veloz carrera sin detenerme. Allí estaba ella. Era ella mi nueva bici, con su rojo de sangre, su timbre ruidoso. Y allí estaban mi papá, mi tío y mi primo Pablito, y mi papá diciéndole a mi tío:

"Toma la bicicleta, yo se la regalo a Pablito, mi hijo es muy pequeño aún para ella."

Mis ojos se dilataron desmesuradamente, mis oídos no daban crédito a lo que estaban escuchando. Por un momento dejé de oír voces a mi alrededor, sentí que flotaba en un espacio vacío donde solamente estaba yo. Las palabras de mi padre golpearon violentamente mi entendimiento, como ventarrón de lluvia contra la frágil puerta de la cocina, antes de la tormenta. Mi pecho se hinchó de impotencia, enmudecí. Mis ojos dilatados a la exageración, buscaban la repuesta lógica del por qué, la bicicleta no sería mía, ante la mirada de mi padre, que como eco en la profundidad de un túnel, repetía:

"Aun eres pequeño, Pablito es mayor".

No grité, no lloré. Salí del lugar caminando lentamente. Miraba a la distancia y no veía nada. Poco a poco, fui apurando mis pasos hasta convertirlos en frenética carrera. Crucé la cerca de alambres de púas que daba al potrero donde estaba la colina y donde quedó rasgada parte de mi ropa. Jadeando, faltándome casi la respiración, llegué a su cima. Esparcidas por todo el área, fui reuniendo entre sollozos, las partes fragmentadas de mi bicicleta, la única bici de mi vida, la única que había tenido y abrazado a ellas, fui cubierto por el atardecer mientras lloraba desconsoladamente.

Epílogo

No había pasado un mes cuando mi tío Pablo llegó a la finca, y para mi asombro, el gordo de mi primo Pablito, el que yo había pensado que nunca sería mi amigo, me traía un Pony de regalo, y entregándomelo me dijo, que si bien yo era muy pequeño para una bicicleta, había que ser más valiente para poder montar un caballo como yo lo hacía, cosa a la que él le tenía mucho miedo aunque fuese Pony. Desde ese día Pablito y yo fuimos grandes amigos.

Diálogos dedicados a "A Cesare Pavese y sus Diálogos con Leucó"

A Carolina Behrens Morales

JORGE RAMÓN LÓPEZ FALCÓN

Nace en Caracas en 1955. Lic. en Educación, mención Ciencias Sociales (UCAB). Magister en Historia de las Américas, Cum Laude (UCAB).

Se desempeñó como docente en tres planteles de Educación Media por aproximadamente diez años. A nivel superior, es catedrático de diversas materias vinculadas a la historia universal y nacional en la Universidad Católica Andrés Bello, en la Universidad Metropolitana (dictando el curso Arte Clásico, que forma parte del pensum del Diplomado de Historia del Arte Occidental) y en el Seminario Arquidiocesano de Caracas, Santa Rosa de Lima.

Laboró por casi dieciocho años en la Biblioteca Nacional de Venezuela; la mayoría de estos años dedicados al área "Libros Raros y Manuscritos" como Jefe de la División de Manuscritos y Archivos Documentales. En los últimos dos años, trabajó como Coordinador en la Unidad de Investigaciones Ángel Raúl Villasana, en diversos proyectos de índole editorial (área dedicada a la investigación histórica, antropológica y literaria).

Asimismo, formó parte del Comité Editorial de la Revista *Altagracia*, en la que llevó a cabo la revisión de textos.

Otras actividades: escribe cuentos y practica la escultura. De su extensa muestra literaria, hemos querido mostrar sus "Diálogos míticos" desde el Olimpo para los mortales...

Hermes y Afrodita. Primer diálogo mítico¹.

Sentados a la sombra de unos cipreses, justo al borde de un estanque en algún lugar del monte Olimpo, se hallaban conversando Hermes y Afrodita.

Hermes: –Amiga de aventuras y amantísimo triunfo de Eros (si no su preferido), ¿has ideado algún nuevo "juego" últimamente?

Afrodita: –No que yo recuerde, hace milenios que los inventé todos, que por lo demás me siguen gustando.

Hermes: –¿Estás del todo segura?

Afrodita: –Bueno, para ser sincera, desde hace cierto tiempo pienso en recrearme, o como dicen allá abajo hoy día –proyectarme– promoviendo nuevas perspectivas amorosas en los mortales.

Hermes (sugestivo): –y en los Olímpicos... no lo niegues...

Afrodita: –Y en los Olímpicos, por supuesto.

(Tras una breve pausa o silencio)

Hermes (a manera de suave reproche): –Tu nunca cambias...

1 Finalizado aproximadamente en Octubre de 1990. Últimas revisiones: el 09 de marzo de 1998. - / - Martes 14 de Abril de 1998. Lunes 17-03-2003 y tres revisiones en el año 2005, siendo la última el 28 de Noviembre.

Afrodita (en tono defensivo): –Jamás, de otra forma no sería Yo la Diosa que soy.

(Silencio chico)

Afrodita (mirándole con picardía): –Tú tampoco has dejado de ser un “niño terrible”, ¿o me equivoco?

Hermes: –No, pero aún no acostumbro a invadir la intimidad de los mortales, como tú...

Afrodita (displaciente): –Cada cual cumple su función en el Universo.

Hermes (sonreído): –mmm... es cierto.

Afrodita (con un peculiar brillo en los ojos): –Me encanta percibir los efluvios eróticos en los humanos. Estar cerca de ellos cuando copulan.

Hermes (censurando): –Cuando se aman...

Afrodita (levemente incómoda): –Cuando lo hacen –puntualizó.

Afrodita (misteriosa): –Escucha lo que escuchó... escucha atentamente...

Hermes: –Sólo percibo el rumor del manantial y el sonido que producen las hojas que caen al estanque, ¡ah! y también el que genera el viejo Bóreas.

Afrodita (algo irritada): –¡No, tonto!, escucha bien... A treinta y tres estadios de este lugar, en una humilde cabaña, un pastor y su mujer yacen abrazados apasionadamente y él es tan vigoroso...

(Embelesado, el rostro de la Diosa expresa un indecible deleite).

Hermes (irónico): –¡Mira pues! y tendrán un bebé en nueve meses...

Afrodita: –Así lo deseo, y será como su padre, un salvaje sátiro inagotable.

Hermes: –Pues no, será una bella campesina de pechos vigorosos, buena para ser montada...

Afrodita (visiblemente disgustada): –¡Cómo te atreves!

Hermes (mirándose las uñas): –también soy un Dios, ¿o no?

Afrodita: –¡Por Zeus!, ya esto nos ocurrió antes y el fruto no fue feliz.

Hermes (ligeramente sonreído): –Sí, recuerdo el caso... aunque el cambio sufrido por nuestro hijo fue posterior. Su error estuvo en no haber querido complacer los requerimientos amorosos de esa estúpida y antojadiza ninfa. Paradójicamente, aunque

siguió siendo divino por su origen, prefirió hacerse humano, y era *Tu hijo* tanto como el mío, no conoció el amor, vivió lo que le tocó vivir y murió inmerso en una pesadilla.

(Al unísono y en voz baja)

Ambos Dioses: –Hermafrodito...

Afrodita (algo entristecida): –¿Sabes amor mío? Preferiría no recordar esa parte de nuestros amores. Realmente me llena de desconsuelo lo acaecido con ese muchacho. Pero reconozco que labró su propio destino.

(Ambos se tomaron de las manos en silencio)

Afrodita: –¿Sabes que a esta nueva criatura le echaste una broma?

Hermes (esbozando una sonrisa): –Temo que sí... ¡pero gozará tanto!

Afrodita: –Ni lo sueñes, será un varón que menstruará.

Hermes: –¡O una mujer con erecciones estelares!

(Silencio pequeño)

Afrodita (con evidente resentimiento): –Mejor será que su madre lo pierda, que lo aborte. Así de paso le evitaremos sufrimientos posteriores.

Hermes: –Me opongo a ello. Veremos lo que resulte esta vez, al fin y al cabo el paso del tiempo no nos ha causado molestia nunca. Podemos esperar, digamos, unos 18 años. ¿Te parece?

La brisa fría produce una incómoda sensación en los númenes, que mirando al vientecillo alado con desdén, proceden a ascender majestuosamente a la siempre cálida morada del Olimpo, allende al cinturón de nubes grises que rodea eternamente a la elevada cumbre. Afrodita gira sobre sus talones y busca con una pícaro mirada al viejo aire helado. Hallándolo le mira intensamente. El diosecillo siente un cosquilleo delicioso y no sabe que hacer. Teme a esa mirada desconcertante. Ella le sonríe y él huye despavorido. Ha mucho que comprendió que un simple beso de la Diosa lanzado al aire, podría hacerle enamorar, hasta de la más áspera piedra. El viento cesó, al huir con rapidez el numencillo que lo generaba.

Una tarde, diez y ocho años después, el hermafrodita fue al bosque en busca de leña para poder calentar la choza donde moraba con su familia. Mientras la recogía pensaba:

Hermafrodita: –La mayoría de los humanos huyen al verme. Sin embargo, algunos piadosos creen hallar el poder de los sempiternos en mi persona. Me llaman entonces “Esencia del Cosmos”, “deidad”. Siempre obro igual ante tales manifestaciones. Les digo que se equivocan. Que soy un mortal como cualquiera. Del mismo modo, para mi desventura, muchos hombres y mujeres expresan sentir una irresistible atracción por mí, más cuando me observan desnudo, confundidos, me llaman fenómeno, monstruo y de otras tantas maneras. Algunos persisten y tratan de poseerme según dicte su sexo y particular deseo. Su irreverente voluptuosidad me es ofensiva, por lasciva. Ignoro lo que buscan o pretenden hallar en mí. No obstante, algo me dice que lo ansiado va más allá de mi sexo, ¿mi sexo?, ¿mis sexos!... ¿Qué calamidad soy yo, casta Athenea? –se preguntaba el hermafrodita en aquella soledad–.

(Hermes y Afrodita leen con avidez cada pensamiento del infeliz, quien continuó lucubrando).

Hermafrodita: –La bruja del pueblo me ha dicho que fui el fruto de una treta divina y la sacerdotisa de Afrodita afirma, que no puede revelar mi secreto origen, pues atraería la cólera de la Diosa sobre su cabeza. En fin, que hacerlo sería traicionarla...

(La Diosa sonríe y piensa en su acertada sacerdotisa)

Hermafrodita: –Hasta los sátiros y ménades de la foresta me hostigan y mortifican. Ellos con sus obsenidades y ellas con sus risas y naturales deseos. Al rechazarles me increpan echándome en cara que no soy hombre ni mujer. Que soy un híbrido estéril, un pariente de las lamias o de las esfinges.

(Hermes sopla al oído del joven y Afrodita le asesta un codazo al primero).

Hermafrodito: –Sea macho o hembra, soy humano y mortal. Como me dijera en una oportunidad un anciano sacerdote de Apolo, que hallé en el mer-

cado. Ese que no temió posar sus manos en mi cabeza y bendecirme como a un hijo, delante de las gentes de la ciudad. ¡¿Me escuchan Hermes y Afrodita?! Viviré por los míos, viviré para mí. ! Tendré cabida en los Campos Elíseos. Eso me dijo Apolo a través de sus hierofantes. Eso musitó jadeante la pitonisa. Moriré como lo que soy, sirviendo de jardinero en el Templo de ese Dios bueno que no se mofa de mí. También le teje mantos y elaboro otros objetos para su culto. Él es la Luz. Nada queda oculto a sus ojos. La desgracia que me ocasionaran ustedes no le fue desconocida y apiadándose de mí me ha brindado su cobijo y amparo. “Hombre y mujer eres, en un solo cuerpo. Dos en uno. Un arcano misterioso que será descifrado gracias al Luminoso Febo”, eso dijo el sumo sacerdote. Palabras estas que provinieron de los mismos labios del Dios.

Hubo un pequeño silencio, tras el cual el hermafrodita espetó:

Hermafrodita: –Y sigo siendo el hijo amado de mis ancianos padres ¡No de vosotros, númenes ju-guetones!, y aunque os respeto no ocuparé más mi tiempo en pronunciar vuestros nombres.

Hermes está visiblemente conmovido pero Afrodita mira ofuscada al hermafrodita, al tiempo que dice:

Afrodita: –Te haré sufrir por las alevosas palabras que has proferido. En verdad sufrirás como el Minotauro, medio bestia, medio humano. Tornaré tan pesada tu carga, que maldecirás haber nacido.

¡Desgraciado de ti, bicho mortal!

La Diosa alzó su mano con la intención de descargarla sobre la humanidad del desafiante hermafrodita, pero otra la sujeta con firmeza, la ataja justo antes de que aquella descargue su golpe. Una voz le increpa vigorosamente:

–¡No te atrevas, Yo le protejo!

(Era Febo Apolo)

Febo (visiblemente perturbado): –De sus charadas surgió un ser que siente y padece. Un ser del que me he apiadado. Así que ¡ya lo saben, nada de celadas, ni de tropelías!

Hermes (irónico y suavemente sarcástico): –yo no me meteré con él, o ella... querido Febo, así que ni te molestes en advertirme.

Afrodita (ensombrecida): –¿Quieres guerra nuevamente, dulce Apolo?

Apolo: –Sabes que la detesto, pero no me desafíes. Conozco tus armas, demasiado poderosas incluso para los Dioses Padres y Titanes. Por otro lado, Tú conoces las mías igualmente. Mejor dejemos este asunto cerrado y no nos enfrentemos, bella amiga.

Afrodita, seria y estudiándolo le mira y con fingido desinterés le dice:

Afrodita: –Mejor así... Febo. Te dejo al mortal, para que te “sirva” como quieras...

Apolo: –El humano no es mi esclavo, Señora. Como tampoco quiere serlo él de las pasiones que Tú generas en el Kosmos. Por ello le he tomado a mi cuidado. Pronto enviaré a uno de mis sacerdotes para que le lleve a Delfos. Realmente me complace su alma. No me mofo de su cuerpo y menos aún le miro con tus ojos...

Afrodita (francamente disgustada): –¡No faltaba más, qué le mirases con mis ojos! Ciertamente eres osado, Febo. ¿Acaso ignoras que puedo, y de hecho genero, elevados sentimientos e ideales entre los mortales? No en vano muchos de alma pura elevan sus preces invocándome como a la misma Athena, La Celeste me llaman. Y con respecto a las pasiones que promuevo en el Kosmos y en el Kaos... (sonríe victoriosa), no te quejes ni me censures, mal agradecido... Tú las has sentido por igual. ¿O quizás me equivoco?

Aconteció otro silencio, después del cual la Diosa le expresó:

Afrodita: –¿Qué piensas hacer con el humano, Apolo, acaso le darás la opción de escoger el sexo de su agrado, el que te pida, lo harás como mi niño Príapos o como Medea, la insaciable ménade de Kalcis?

Apolo: –Nada de eso, él es el sexo y el alma. Quiero por ello tenerle cerca de mí, porque es buena persona, es honesto.

Afrodita (reventando a carcajadas): –Sí, ¡un buen hombre y una buena mujer!

Apolo (serio-sombrío): –Un buen mortal.

(Tras un breve espacio silencioso...)

Se dejan escuchar címbalos, arpas y tamborcillos. Entre risas aparecen las Musas y un coro de jóvenes Dioses y Diosas, desconocidos para los mortales. Estos últimos llegan alegres y desenfadados, castañan-

do los dedos y cantando un cadencioso himno, que no es otro que el Peán. De repente, las Diosas callaron y sólo los varones continuaron el cántico. El mismo se tornó súbitamente vigoroso, casi marcial. Las voces, fusionándose, expresaban:

Cantemos, jubilosos

Loas al Invicto Apolo Peán.

Señor que sana las almas afligidas,

Con la divina luz de su Ser.

¡Salve, Señor de la Luz!

¡Salve, Oh destructor de las tinieblas del Ser!

¡Loor a Ti, Salvador e Impulsor del Kosmos!

¡Invencible Padre!

¡Loas al Liberador de Delfos!

¡Loas al vencedor de Pitón!

Los cantos continuaron. Las estrofas se sucedieron unas a otras, hasta que al unísono las voces enmudecieron. En silencio, las juveniles divinidades rodearon al Radiante. Afrodita y Hermes, extasiados, observan la estupenda compañía de Febo. Este ejecuta una reverencia y besa la mano de Afrodita. Los demás hacen unas rápidas reverencias y parten jubilosos con Él.

Afrodita (con un dedo entre los labios, piensa en silencio, curiosa): –¿A dónde irán?

Hermes (le susurra dulcemente en el oído): –A Delos...

El Trimegisto, sonreído con picardía, la deja sola en su triclinio del Jardín de Rosas.

Afrodita (hablando en voz baja, pensativa): –Sola... Otra vez sola... ¡Mi espejo! (Grita molesta).

(Una ninfa vuela y se lo facilita)

Afrodita: –¡Acomoda mis cabellos, Evécme! Esta noche habrá fiesta en el Olimpo y deseo lucir mis mejores galas. Quizás conozca algún nuevo Dios. Uno que pueda arrancarme de la tiranía del odioso herbero. Esa cruel tortura que me impuso Zeus. Ah, el Tonante no se imagina siquiera los juegos que le tengo deparados. Jamás me cansaré de cobrarle tal afrenta a mi majestad y gloria. Haber tenido el atrevimiento de casarme en contra de mi sacra voluntad. ¡Ni que Él fuera mi padre!... (Expresión esta última que retumbó en su mente). Mi Padre... (Dice pensativa) el sempiterno Urano fue emasculado por Kronos y de su Divina Simiente y el furioso Ponto, nací Yo. No podré perdonarle jamás a Kronos el daño infringido

a mi progenitor, aunque entienda las desesperadas razones que le impulsaron a ejecutar esa acción. ¡Maldita serie de castraciones cósmicas! El Tonante asimismo castró a Kronos y rescató a sus hermanos del pútrido vientre titánico, que no pudo digerirlos.

Yo soy quien soy: la esencia de toda belleza y de todo amor. Las pasiones, sin límite alguno, me pertenecen por derecho propio. Constituyen mi dominio. Y siendo como soy más antigua que los Olímpicos, a los cuales fui invitada a unirmeles para morar aquí, no debí acatar jamás la orden de Zeus que me obligaba a desposarme con Hefestos. ¿Qué hubiera ocurrido si me hubiese negado a ello? ¿Qué castigo me hubiera infringido el Tonante por desacatar sus órdenes? ¿Acaso hubiera tenido el valor de encerrarme en una oscura prisión, privando al Universo entero de la belleza y armonía que le caracteriza, por mi intercesión? Bueno, hasta los Dioses cometemos errores. A fin de cuentas me queda un imperio infinito. Y el torpe marido que me fue asignado no resta para nada mi libertad. Pero detesto ese cojo celoso al que puedo manipular a mi antojo.

(La ninfa Evécme, con gracia suprema continuaba acomodando la cabellera de la Diosa, sobre la cual colocó una diadema de brillantes y rubies)

Afrodita: —¡Ja! (Exclamó risueña), Zeus me cree lejana a la mayoría de sus secretos embrollos amorosos, siendo que en todos algo sino mucho he tenido que ver... Pero, me pregunto, ¿qué puedo hacerle al imperturbable Kronos?, pues seguirle enmarañando la creciente barba que sobrepasa en dimensión a la mismísima Vía Láctea...

Mientras así hablaba, la Diosa de rosada piel, unos doscientos amorcillos alados, consagrados a su servicio, atajaban en el aire con mágicas redes las palabras que la Diosa profería. Todo ello con la intención de neutralizarlas para que de ese modo no llegaran a los oídos de su divino consorte, el cojo Hefestos, siempre atento a escuchar cualquier expresión que su esposa dijese, para luego reclamarle con impertinente tono. De similar forma, los alados cupidos no dejaron escapar ni una sola de las palabras que Afrodita, en su disgusto, lanzara al Eter contra Zeus, el Padre de numerosísimos Dioses y héroes. Esa, más que

ninguna otra, era la principal función de los ligeros niños de la Diosa. Tarea que aquellos cumplían a la perfección.

Un momento después la Diosa del Amor y la Belleza, agudiza la mirada sobre una rosa, ésta se marchita y pétalo a pétalo la flor va desnudándose, hasta quedar desprovista de gracia alguna. La chipriota entonces piensa en lo más íntimo de su ser (para sí):

Afrodita: —Vaya Eros a saber, de cuántos ojos dispone Afrodita para ver al mundo.